

## Premio Itaú cultural 2011

### ANTOLOGÍA del Cuento Breve Digital

\* MELINA KNOLL \*

\* LUCIANA DE MELLO \*

\* ANALÍA SIVAK \*

\* FERNANDO CHULAK \*

\* GUILLERMO MAC KAY \*

\* MARÍA ELENA MOLINA \*

\* PABLO MANZANO \*

\* MAXIMILIANO ARIEL RODRÍGUEZ \*

\* VICTORIA BÉGUET DAY \*

\* JUAN CRUZ MONTIEL \*

\* GUILLERMO S. GRIBAUDO \*

\* FELICITAS SPINETTO \*

\* AGUSTINA ARCE \*



JURADO

Griselda Gambaro | Luis Guzmán | María Rosa Lojo

[www.premioitau.com.ar](http://www.premioitau.com.ar)



ItauCulturalArg

Itaú  
cultural





ANTOLOGÍA DEL

Cuento Breve  
Digital

## ÍNDICE

### **ITAÚ CULTURAL**


En respuesta a un mundo que cambió

### **EDITOR DEL CERTAMEN - MOOSGO**


La nueva generación de escritores 2.0

### **DICTAMEN**


### **CUENTOS**

 **Primer Premio** "La planta medicinal de los hallazgos"


 **Segundo Premio** "Adeus meu amor"


 **Tercer Premio** "Con un solo brazo"

### **MENCIONES**


 "Los reyes del sabor"

 "El séptimo"


 "Davidoff's Boys"

 "El contexto soy yo"

 "Los muebles de la cocina"


 "Bruja"


 "El pelo"

 "El centro"

### **CATEGORÍA ESTUDIANTE**

 **Primer Premio** "Diálogo entre Delia y la Muerte"

 **Mención** "Mi destino"

 **OBJETIVOS DEL PREMIO Y EQUIPO PARTICIPANTE**

## En respuesta a un mundo que cambió

Estamos en una época de oportunidades. Nunca antes hubo una proporción tan grande de la población que lee y escribe por placer todos los días. Ya sean e-mails, mensajes o posteos, alrededor del 80% de la población argentina, y probablemente latinoamericana, está conectada a través de la escritura.

Claro que esos textos no procuran un valor literario. Sin embargo, no es menor que el 80% de la población esté dispuesta a leer con frecuencia textos cortos, si es que los encuentra útiles o interesantes. Y para leerlos, cuenta con computadoras (portátiles o no), celulares (inteligentes, conectados a Internet, o básicos), las tablets y vaya a saber qué otros dispositivos fijos o móviles en el futuro.

Es en este contexto que a mediados de año 2011 convocamos al Premio Itaú cultural al Cuento Breve Digital, declarado de Interés por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. El mismo está dirigido a jóvenes escritores emergentes, aquellos que están en la búsqueda de una oportunidad para dar a conocer su obra a amplias capas de la población.

En paralelo, creamos la categoría Estudiantes, dirigida a alumnos secundarios de entre 16 y 18 años, la cual fue declarada de Interés Educativo por el Ministerio de Educación de la Nación, y divulgada generosamente a través de Educ.ar, el portal educativo del estado argentino.

La antología del cuento breve digital que se encuentra en este libro electrónico, presenta una selección de los mejores cuentos breves, sobre un total de más de 600 participantes. Y, fieles a nuestro mandato de facilitar el acceso a las expresiones culturales, se encuentra disponible para descarga gratuita desde Internet en múltiples dispositivos, durante el primer año desde su lanzamiento.

En esta época de lo inmediato, lo efímero, lo multitarea, un cuento breve bien redactado puede insertarse en nuestras vidas como una reconciliación con la literatura, y hasta como un recordatorio de que todos podemos escribir, si soltamos nuestra imaginación.

La fundación Itaú tiene como misión en Argentina brindar oportunidades a los jóvenes. A los escritores, para que su labor trascienda. A los estudiantes, para que a través del cultivo de la lengua escrita, amplíen su potencial. Y a todos para que, en ese viaje de vuelta a casa, o en esa espera en uno de esos tantos lugares en que tenemos que esperar, nos deleitemos con un buen relato.

**José Pagés**

Presidente

Fundación Itaú Argentina

## La nueva generación de escritores 2.0

Cuando en el 2010 nos acercamos a la fundación Itaú para proponerles la idea de llevar adelante un concurso de escritores emergentes, dándoles difusión y promoción a través de MOOSGO, nuestra editora digital, coincidimos inmediatamente que valía la pena el esfuerzo de llevarlo adelante. Pero fundamentalmente valoramos que la creatividad y la producción de obras inéditas llevadas a cabo por miles de anónimos escritores permanecía aún intacta y en aumento. Escritores que, sin poder lograr que las editoriales tradicionales publicaran sus trabajos, mantenían aún las esperanzas de llegar al gran público, no tanto por el rédito económico prometido sino por la noble causa de lograr un impacto, dejar una huella: la de generarle al lector diferentes emociones a través de sus relatos.

Es que de eso se trata generar un hecho artístico, generar emociones en el otro, y en este caso utilizando el formato del cuento breve digital, **una idea que la fundación Itaú supo gestionar y concretar para llevar a buen puerto.**

Este concurso llega además en un tiempo de grandes cambios culturales o, mejor dicho, de costumbres. Los teléfonos inteligentes - smartphones - y tablets - como el iPad - han hecho su irrupción generando una nueva forma de consumir contenidos: ahora leemos, miramos cine, tv en forma mobile, es decir en el momento y en lugar que más nos plazca. Ya no hace falta estar sentados detrás de una PC para disfrutar de nuestros contenidos preferidos. **Ahora lo hacemos “on-the-go”.**

Todo ello significa además que el acceso a nuevos contenidos es más directo que nunca, donde el “filtro” de las editoriales por asegurarse el best seller está llegando a su fin. Y esto representa sin dudas una oportunidad para la nueva generación de escritores 2.0, de producir sus obras y publicarlas en Blogs y Facebook y otros canales digitales, como el caso de Moosgo.

Por esa razón Ud. encontrará en su PC (aún), en su celular, en su tablet o en el dispositivo móvil que esté usando, este compilado de relatos breves de escritores emergentes que buscan distraerlo por unos minutos de su rutina, para que pueda disfrutar de la creatividad de los que mantienen la pasión por escribir.

**Cristián Parodi**

Moosgo - Reporte Informativo  
Editor Certamen Cuento Breve Digital  
[www.moosgo.com](http://www.moosgo.com)



## Dictamen

### Premio Itaú Cultural - Cuento Breve Digital 2011

Reunido en Buenos Aires, 20 de octubre de 2011, el Jurado de Premiación, conformado por los escritores Griselda Gambaro, María Rosa Lojo y Luis Gusmán, resuelve por unanimidad premiar las siguientes obras:

#### Primer Premio

*“La planta medicinal de los hallazgos”*

#### Segundo Premio

*“Adeus meu amor”*

#### Tercer Premio

*“Con un solo brazo”*

#### Primer Premio

(Categoría estudiante)

*“Diálogo entre Delia y la Muerte”*

#### Mención (Categoría estudiante)

*“Mi destino”*

#### Menciones

*“Los reyes del sabor”*

*“El séptimo”*

*“Davidoff’s Boys”*

*“El contexto soy yo”*

*“Los muebles de la cocina”*

*“Bruja”*

*“El pelo”*

*“El centro”*

A continuación, se consignan los méritos específicos de los relatos premiados:

**“La planta medicinal de los hallazgos”:** Es un relato donde se equilibra de manera eficaz el tono poético con la trama y el registro de la escritura. La autora elige el paisaje del bosque para situar su historia. El bosque suele ser el refugio de historias maravillosas o macabras, en este caso, coinciden ambas en la lograda articulación entre la tensión narrativa y la emoción lírica.

**“Adeus meu amor”:** Un relato bien escrito, bien narrado. El tema (una violación a través de la mirada de la víctima) fluye con una “naturalidad” que acentúa el dramatismo de la historia y la inocencia de la protagonista. No se enjuicia al violador, las cosas “pasan” simplemente en el cuento, pero marcan las pérdidas, de la infancia, la inocencia, la confianza en los otros.

**“Con un solo brazo”:** Un cuento bien narrado, económico y sugerente, con una notable intensidad emotiva que contrasta con la aparente frialdad u objetividad de la escritura.

**“Diálogo entre Delia y la Muerte”:** El tema deja de ser manido por la construcción verbal que revela a una escritora con grandes posibilidades futuras. Ajustado y original en los diálogos, eficaz en la acción, sensible en las descripciones, el relato termina con un final bien resuelto, breve y a la vez intensamente poético.

## Primer Premio

### “La planta medicinal de los hallazgos”

Por MELINA KNOLL

*“La esperanza es esa cosa con plumas.”*  
Emily Dickinson

Respiro profundo. Sé que aquí hay eucaliptos, menta, y hasta hongos alucinógenos. Y pienso que en algún lugar de este planeta debería existir también algo así como “La planta medicinal de los Hallazgos”; esa que al beberla conduzca directamente hacia todo lo perdido. Y que es posible que esa planta milagrosa crezca entre el centenar de especies de este bosque, por qué no, y que esté, entonces, más cerca de mí de lo que imagino. Pero enseguida me doy cuenta de que esto no es un pensamiento; es una plegaria. Así que me lleno de lástima de mi misma; porque no tengo la costumbre de rezar y porque soy, mal que me pese, un animal de costumbre; y porque últimamente, mi única costumbre es la de estar acobardada.

Hoy me acobardan los once días de rastrillaje, y esa turista francesa vestida con túnica hindú. Ella busca una capelina blanca que le voló el viento. Yo busco a Tristán, mi hijo de siete años, que se perdió en el bosque. Las dos buscamos, contra el viento y contra el bosque: un hijo y una capelina. Estoy desarmada. Pero si tuviera a mano una guillotina le cortarí la cabeza, por tener el coraje de estar buscando algo en el mismo sitio que yo.

Varias veces, en estos once días, alguien tuvo que venir a arrancarme de los troncos de los árboles donde me había incrustado a llorar. Así no se cerrarán nunca las heridas de mi cara y de mi frente, dice alguien, quedarán las marcas, y serán extrañas. Traerán preguntas que no seré yo quien responda. Porque estaré sentada, tal vez, en una mecedora de mimbre, o nadando en un charco de sangre, no lo sé. Pero en el más absoluto silencio. La lengua, seca, será un objeto extraño. Flotará dentro de mi boca como una presencia muerta. Me quedaré muda.

La mujer francesa se llama Lizette. Y otros franceses, en francés y a los gritos, la rodean como pájaros carroñeros. Pareciera que intentan convencerla de algo, tal vez de que deje ya el asunto de la capelina; de que pronto volverán a Francia, a comprar una capelina nueva que no será como aquella, desde luego, pero será bella de todas formas, y le sentará a las mil maravillas. Pero Lizette es obstinada y no abandona su búsqueda. Treparía al árbol del tronco más alto y espinoso con tal de recuperar lo que le pertene-

ce. Nada de lo que le digan la distrae. Sus oídos ya no están ahí para ellos. Parece sorda. Yo deambulo por el bosque, mientras sigue el rastrillaje. Mantengo la vista fija en la tierra que remueven. Temo y ansío, con la misma intensidad, ver aparecer algo de Tristán.

Una mujer llamada Alicia, esposa de un pescador, me alcanza tazas de té, siempre de un sabor diferente. Pero no puedo tragar. Doy un sorbo y lo escupo. En este bosque hay pájaros negros, como cuervos, y creo que en estos días han devorado mi estómago hasta dejar allí adentro sólo un cuenco vacío. Vacío o lleno de veneno. Pero, definitivamente, no hay espacio para el té.

Sé que no me importarán las cicatrices de la cara, que ignoro si serán como quemaduras, o pozos de viruela, o impactos de bala. Pero tal vez me importe quedarme sin cabello, que a esta altura es un único nudo. No permito que nadie lo peine. Alicia lo intenta diariamente. Pero cada vez que se acerca con su cepillo, le aparto el bazo de un golpe seco. La poca fuerza que tengo va en ese golpe. Finalmente, dejará de intentarlo. Y como recompensa, voy a decirle que vaya hasta el chalet de piedra, abra mi alhajero y saque de adentro el par de horquillas de cristal checoslovaco. Serán para ella. No lo sabe. Y sin saberlo, sigue insistiendo y la sigo golpeando. Pero no abandona. En este momento, esa forma del no abandono, es amor. Por eso son para ella mis horquillas. Si pudiera hablar, se lo diría. Que son tuyas, y que el amor será recompensado.

Recé los primeros días, extendí mis manos a desconocidos e imploré con todo el cuerpo. Pero Dios ha huido de este bosque, donde desapareció Tristán, sin dejar rastros; como si se lo hubiera tragado la tierra o estuviese escondido adentro del tronco de algún árbol, junto con la capelina de la mujer francesa.

Deambulo, pero también paso quieta muchas horas. Yo misma parezco un árbol más. Todo lo que puedo dar es sombra. ¿Duermo? Creo que no me acuesto y que permanezco de pie; aunque tal vez sí me acueste, y me despierte, y vuelva a acostarme en algún punto del follaje. Algunos me han acercado una almohada, y una frazada, y ropa que no me pertenece. Por momentos siento que me he desnudado muchas veces ante la vista de extraños. Y por momentos creo que sigo vestida igual que el primer día, con la misma bombacha de algodón floreado. El esposo de Lizette es un hombre alto y fornido; gordo y blanco como un muñeco de nieve. Fuma en pipa, y lleva puestas unas bermudas color caqui, de explorador. De reojo, me mira. Nadie aquí me mira a los ojos. Yo sí. Esta tragedia ha instaurado para mí algunos de los privilegios que impone la lástima; la impunidad de la mirada es uno de ellos. Por mi propia ley, tengo el derecho de mirarlos directamente a los ojos, hasta que caigan fulminados sobre la tierra.

El hombre sacude ahora a Lizette. Ella se zafa, dando un grito histérico. Se descorre el escote de la túnica y le muestra cómo acaba de lastimarle el hombro y parte del cuello. El escupe sobre la tierra y se aleja bamboleando su gordura. A ella no le importa. Sigue buscando su capelina. Y todo indica que se irá de aquí sólo cuando la encuentre.

Veo caminar a Arregui entre los hombres que realizan el rastrillaje. Lleva puesta su remera verde nueva y un gorro blanco de lona con visera, y arrastra los pies, tal como es su costumbre. Cerca de él, Nickelodeon, nuestro perro labrador dorado, hunde su hocico en la tierra y no lo aparta de allí por nada del mundo. Yo, acobardada aquí, no siento que debiera estar allí, con ellos. Buscar es eso, me digo, pero lo que yo quiero es encontrar. Verlo aparecer. Yo no busco más. Yo espero encontrar.

Ahora Lizette se puso en cuclillas y llora. Los demás franceses la rodean y la miran absortos. Es imposible que esté llorando por una capelina, piensan. El tur debe seguir. Tienen reservas en otros hoteles; mapas; direcciones de museos y de sitios donde se come bien. Así, en cuclillas, llorando, Lizette parece un pájaro herido, que no logra ni pretende seguir a su bandada. ¿Hasta cuándo deberán esperarla a que mejore, para poder, entonces, reanudar la marcha? No les importa nada de ellos. Ni de sus esperanzas con respecto a este viaje, ni del dinero invertido. Es una mujer egoísta, pensarán. Y Lizette sentirá que a ellos no les importa nada de su tristeza, mientras llora y se abraza a sus rodillas y se balancea suavemente, tal vez porque aquella capelina era de su madre muerta; o de una amiga muerta; o de la persona viva que más ama; o porque le costó demasiado cara; o porque era su cruz o su talismán de la suerte.

Se acerca Arregui, cabizbajo. Nickelodeon lo sigue, con la lengua afuera. Vienen a darme un parte que yo ya sé: no hay rastros de Tristán. Y es probable que en breve den por terminado el rastrillaje en este bosque. Aquí no está. Aquí no hay nada. Habrá que seguir buscando en otro lado. Y la búsqueda llevará años de años, y veremos surgir la cara de Tristán en los noticieros matutinos, en los vespertinos; estampada en las bolsas de los supermercados, en los impuestos de la Luz y del Gas. En las pancartas de las marchas de silencio que haremos en repudio a su desaparición. Y seguirá teniendo para siempre siete años, mientras que nosotros iremos poniéndonos viejos y mustios, preguntándonos por el resto de nuestras vidas en qué lugar de nuestro corazón pondremos su recuerdo. Arregui apoya su mando en mi hombro; no quiero su lástima, pero la recibo.

Uno de los hombres del rastrillaje, parado al pie de un árbol sin hojas, grita. Es el primer grito que le escuchamos dar a esta gente en once días. Nos llama. Mientras corro hacia allí, tropiezo con una piedra, y no me detengo, se me nubla la vista y recuerdo algo que inventé, que jamás vi: La planta medicinal de los Hallazgos. Llegamos. Hay personas formando un círculo alrededor de algo que yace entre la tierra, y que no alcanzamos a ver debido a la presencia de todos ellos. El hombre los aparta, suavemente, para que Arregui y yo podamos pasar. Nickelodeon no está con nosotros.

Allí, confundido en un cúmulo de tierra, hay un objeto de tela, originalmente blanco pero negro a fuerza del barro. Nadie se anima a agacharse. Soy yo la que me arrodillo y lo desentierro. No pertenece a Tristán. Es la capelina blanca de una mujer francesa.

Arregui suspira, aliviado. De eso se trata. No es necesario decirlo. Se trata de que finalmente, lo peor que puede sucedernos aquí es encontrar.



Yo alzo la vista buscando a Lizette. Allí está, lejos, a punto de trepar a una acacia. Pego un grito. Ni siquiera reconozco mi propia voz, pero allí está aun. Es el primer sonido que emito en muchos días, y resuena en el bosque como el alarido de una bestia feroz y enferma. Lizette me escuchó. Me ve. Estoy agitando su capelina. Suelta un grito de euforia.

Corre hacia mí, y en medio de la carrera, trastabilla, pero no cae. Siento el impulso de ir hacia ella, y voy, también corriendo, haciendo flamear la capelina como una bandera blanca de tregua. Noto hasta qué punto me conmociona que el hallazgo haya tenido que ver con ella y no conmigo. No resolvió las cosas, lo sé, sólo las dejó intactas. Y no es poco. Mis huesos festejan. Mis vísceras festejan. Es una fiesta triste.

La francesa estrecha contra su pecho la capelina y después me abraza. Yo lloro también; de cansancio absoluto; de hambre voraz; de una leve y renovada, muy leve pero renovada, esperanza.

"Gracias" solloza ella, pronunciando muy mal el castellano. Y soy yo la agradecida. Y por eso abro la boca, y muevo la lengua para regresar al mundo. Y en mi pésimo francés me escucho responderle: "Merci bien", mientras me pregunto si esta no será la última vez que me escucho.

## FICHA DE AUTOR

MELINA KNOLL

*Licenciada en Letras egresada de la UBA, se desempeñó y desempeña aquí y en el exterior como guionista de T.V para canales de aire y cable, y es autora de textos dramáticos y libros infantiles, entre los cuales consta la colección de novelas del personaje "Gaturro" publicadas por Editorial Sudamericana. Como dramaturga, obtuvo menciones por sus obras "Doble contra sencillo" (obra que dirigió y coprodujo con el Teatro San Martín) "Pret á porter" y "En la posición de Trendelembur". Dicta cursos de escritura cómica.*

## Segundo Premio

### “Adeus meu amor”

Por LUCIANA DE MELLO

-Cuidala -le dice mi madre a Emilio cuando ya está subiendo al micro

-No te preocupes, vamos a estar bien

-Algún mensaje para mamá?

-Que nao me espere pra jantar

Aunque le cuesta, mi madre le sonrío la broma y luego me mira unos segundos.

No puedo descifrar esa mirada, es fría como el abrazo que me dio antes de subir. A pesar de eso sé que ella está triste y desesperada, anoche hizo los bolsos a los gritos pelados y se quedó hasta tarde con Emilio en la cocina. Hablaron hasta el amanecer.

-Portate bien, en unos días si dios quiere estoy de vuelta, me dice

Yo la saludo con la mano libre, la otra la sostiene Emilio y puedo sentir que me la apreta apenas, para darme fuerza, porque sabe que en cualquier momento me voy a largar a llorar. La mano de mamá se pega a la ventanilla y yo abro los ojos resistiendo las lágrimas. Después de que el micro se aleja de la plataforma, Emilio se agacha frente a mí y me abraza. Él huele a campera fría de cuero, a piel recién enjuagada de jabón de tocador mezclada con cigarrillo. Ese olor puede aliviar el ardor que se me acumula a la altura del pecho.

Caminamos unos pasos hasta la salida de la terminal cuando de pronto Emilio se desprende de mí y me mira con una sonrisa de oreja a oreja

-¡Obá! ya que estamos en Retiro, vamos al bar de mi amigo y nos tomamos una coca.

Él sabe cómo llenarme de alegría.

Bajamos corriendo por la rampa, cruzamos las vías del tren y entonces señala el lugar

-Sentate ahí, bundinha, así vemos pasar la gente

Apenas entramos al bar, me alza por el aire hasta sentarme en una de las banquetas altas de la barra.

-Hola amigo! Una cerveza para mí y una coca para mi reina

-Princesa.

-Ah, tenés razón

-Todavía tengo once.

-Cierto, as rainhas son más grandes.

Sin decir una palabra, el hombre pone una coca y una cerveza de litro sobre la barra de fórmica y le cobra antes que nos la tomemos.

Emilio le sonrío y no para de llamarlo amigo. Apura la cerveza, se toma los cuatro vasos en un ratito y yo hago la mismo, tengo el vaso de coca pegado a la cara

Miramos a la calle en silencio. Gente, vendedores, hay chicos por todas partes. Entre las piernas de las madres, hechos un bollo, mientras ellas venden o piden plata, hay otros que sólo miran pasar la gente, como yo, pero desde el cordón de la vereda, chicos que van de la mano de sus padres vestidos de escuela, pero hay uno que me mira cuando le abre la puerta del taxi a una señora y yo lo miro a él, a los ojos, abre la puerta, estira la mano, vuelve a cerrarla, hace todo sin dejar de mirarme, me pone nerviosa y no resisto más, bajo la cabeza y busco los ojos de mi tío, los encuentro, y me sonrío, me olvido del chico, me siento segura.

El humo de los colectivos entra por la puerta y por todas las ventanas, es un olor que me descompone, es el mismo olor de la Virgen de Pompeya, cuando hacemos la fila para subir a tocarle los pies a la virgen que está adentro.

-Mamá me hace respirar profundo cuando me pasa esto.

-Entonces respiré profundo.

Emilio imita mis movimientos. Estamos sentados uno frente al otro en las banquetas, pero mis pies quedan colgando. Las manos sobre las piernas, el pecho estirado, él respira como un soldado y suelta el aire todo apurado.

-No, el aire se suelta despacito, le digo.

-Bueno, seguí vos así que yo me termino la cerveza.

Siempre funciona, las ganas de vomitar se me van después de concentrarme en la res-



piración lenta, es como pensar en otra cosa. Cuando termino de respirar Emilio ya se terminó el litro de cerveza y apoya el vaso con fuerza sobre la barra, está serio y le sale un vozarrón.

-Misión cumplida -Emilio busca con la mirada al hombre de atrás de la barra- Gracias, mi amigo, le dice y se levanta de la banqueta.

-Y tú, trajiste camisón para esta noche?

-No, duermo en remera y bombacha

-Dale, terminate la coca que vamos a comprarte uno.

Le pregunto porqué mi mamá no me llevó con ella a Brasil.

Emilio está de rodillas frente a mí y me saca la ropa con cuidado. Trata de no tirarme del pelo y me dice cabezona cuando el cuello de la camiseta se me queda trabado a la altura de la nariz y las orejas. No puedo verlo mientras me dice que ella viajó para ver a unos médicos que van a ayudarla. Pero mi madre no está enferma. Lo sé y se lo digo desde adentro de la camiseta.

Él tironea un poco más.

-Avisame si te estoy haciendo doler, dice.

Mi cabeza sale despeinada y Emilio me acomoda el pelo con las manos.

-Igual despeinada sos más linda. No te preocupes, es como ella te dijo, sólo unos días y ya vuelve.

-No fue a ver un médico, fue a buscar a mi papá

Emilio me acaricia un cachete, arquea las cejas y larga un suspiro

-Sí, fue a buscar a tu papá -me dice.

Arriba de la cama está el camisón que compramos juntos después del bar durante el camino de regreso. Pasar un día con Emilio siempre significa un regalo, algo nuevo para estrenar. En casa es distinto, cuando yo ando corta de ropa, mi mamá llega del mercado central con lo que eligió para mí. Llega con olor a carne la ropa, en el mismo carrito donde van las milanesas de la semana. Envuelta en papel madera viene cada tanto una camiseta de algodón o un par de medias.

El camisón que elegimos con Emilio está en una bolsa de nylon sobre su cama. Tiene la marca grabada en letras doradas y cuando Emilio la agarra, la bolsa cruje. Él lo saca

despacio y lo despliega frente a mí hasta que el camisón cuelga por los breteles desde sus índices. Justo a mi altura, lo acerca hasta mis hombros y yo tomo sus dedos con mis dos manos hasta apoyarlos sobre mi piel. Es un camisón blanco con flores azules y dos hojas verdes muy chiquitas al lado de cada una de las flores. Lo que más me gusta son los breteles ajustables y el encaje blanco que cubre la tela a la altura del pecho.

-Nunca tuve un camisón -le digo.

-Ya estás en edad de tener uno, dice, y las flores azules te quedan muy bien.

La luz de su habitación está apagada pero por la ventana entra el resplandor de la calle.

Él me pone el camisón mientras me dice que es más cómodo dormir sin bombacha y yo me la saco. La agarro con las dos manos y me voy agachando hasta sacar primero un pie y después el otro. Yo no lo veo a él, pero sé que me mira. Aunque me dé vergüenza me siento alagada cuando Emilio me repite lo lindo que me queda el camisón con flores. Y me lo dice al oído, cuando me corre el pelo de la oreja y su barba al ras se frota contra mi cuello.

Mi colchón está al lado de la ventana pero él dice que quiere acunarme como cuando era un bebé. Entonces me levanta en sus brazos y me acuesta en la cama grande esa noche, y mi cuerpo ya no se mueve.

Emilio se acuesta a mi lado, los dos miramos el techo con los ojos muy abiertos y yo escucho su aliento. El ruido de los colectivos que entra por la ventana del dormitorio se va apagando por su respiración que se vuelve cada vez más intensa, hasta ocupar todo el espacio.

La ventana sin cortinas.

Ahora giro la cabeza de lado y miro por esa ventana, tengo los ojos muy abiertos pero no veo nada, su mano ya está sobre mi pecho y yo no quiero pestañear, Emilio me está mirando pero no doy vuelta la cabeza. Ahora soy yo la que respira cada vez más profundo, cada vez más rápido siguiendo el ritmo de los movimientos de su mano y de su boca que baja a mi entrepierna.

Salgo por la ventana a los balcones de las casas de enfrente y no me muevo, él se levanta y baja las persianas, no del todo, no las cierra completamente, deja una línea fina por la que mis ojos se van y entonces me bajo el camisón que él acaba de dejar arrollado en mi cintura. Cuando vuelve a la cama donde estoy, el dolor de todo ese cuerpo sobre el mío es demasiado, y mi mano derecha se agarra de la sábana, la aprieta cerrando el puño con la fuerza que le queda y él me muerde muy despacio, sus dientes me rozan la piel y ya la sueltan, yo no podría cerrar los ojos aunque quisiera, entre la cortina y el marco de la ventana quedó una línea fina, y por esa línea todavía puedo ver uno de los balcones de enfrente y una bandera que cuelga de su baranda, y los insectos que están buscando la luz del farol de la calle que se aplastan uno al lado del otro, como locos van hacia la luz mientras todo se mueve sobre él pero mi cuerpo se hace cada vez más corto y sigue quieto, ahora el dolor

es más fuerte, es un dolor que arde adentro y el grito queda ahogado en mi garganta.

No siento frío ni calor y tengo la boca seca.

El mundo se paró de repente.

Me muevo para secarme una lágrima que cae pesada y de un sólo ojo. Es el ojo del lado de la ventana.

Emilio se baja de mí para agarrarme de la mano.

Él no está desnudo como yo, él tiene la ropa puesta y vuelve a acostarse boca arriba.

Se sube el pantalón y se cierra el cinturón en un movimiento apurado.

Me toma de la mano y la presiona sólo un poco, como esa misma tarde en la plataforma de Retiro.

Se pone de lado para abrazarme y ahora escucho que llora.

Emilio contrae su cuerpo a mi lado hasta quedar de mi tamaño.

Sus brazos entonces rodean mi cabeza y la aplastan contra su pecho.

-Te quiero.

Pero yo no puedo decir nada.

-Este es nuestro secreto -dice mientras me baja al colchón que está en el piso, al lado de la ventana. -Adeus, meu amor nao me espera, susurra Emilio mientras me acuna.

Él sigue cantándome esa canción en portugués, hasta que yo cierro los ojos y finjo quedarme dormida.

#### FICHA DE AUTOR

LUCIANA DE MELLO

*Estudió Letras en la UBA, Guión en el CCGSM, concurre al taller de Guillermo Saccomanno, es colaboradora del suplemento Radar Libros de Página 12.*

*Coordina un taller de narrativa semanal y otro de lectura en el Centro Universitario de Devoto.*



## Tercer Premio

### “Con un solo brazo”

Por ANALÍA SIVAK

Me pidieron que fuera acompañada por un dentista a reconocerlo. Poco quedaba de él después de haber estado dos años enterrado. Me dijeron “si el dentista conserva un modelo de su dentadura será mucho más sencillo el procedimiento”. ¿No podré sola reconocer la boca que tantas veces había besado?

Voy caminando por la calle con el Dr. Sipolsky que lleva en su maletín el modelo en yeso de lo que alguna vez fue la boca de Gervasio. ¿También los labios habrán desaparecido? Recuerdo su boca y siento sus abrazos, porque sus besos eran con el cuerpo y aunque el forense me explicó que el cuerpo ya no era su cuerpo, no puedo dejar de imaginarlo entero.

-La última vez que vino al consultorio tenía una corbata azul -me dice el Dr. Sipolsky.

-Yo le había dicho que no le quedaba bien con la camisa celeste -respondo en forma automática y me doy cuenta que me molesta todo lo que pueda decir el Dr. Sipolsky mientras sostenga en la mano el maletín con unos dientes en negativo que sólo me servirán para comprobar más velozmente lo que ya sé: que Gervasio un día iba caminando por la calle y desapareció, que algunos vecinos dijeron haber visto un intento de asalto y un hombre que se resistió, que el cuerpo estuvo escondido en un terreno baldío hasta que una constructora quiso hacer un pozo para construir una torre de veintiún pisos con vista al parque.

-Le propuse colocarle ortodoncia y me dijo que ya se le había pasado la edad para esas cosas.

No contesto. No lo imagino a Gervasio con ortodoncia. Ya bastante me cuesta imaginarlo como era. Pienso en su corbata azul, en la camisa celeste, en los tomates que le había pedido que comprara ese día. Inspiro intentando recordar su olor a jabón y a hombre que a veces rompía el equilibrio y era más jabón o más hombre.

-Tenía buenos dientes, me dice el Dr. Sipolsky.

Inspiro más fuerte todavía porque me cuesta reconstruir el olor de Gervasio.

Llegamos a la puerta del edificio donde nos envió la policía. Hay demasiados escalones que subir antes de poder entrar. Me acuerdo cuando Gervasio me acompañó a dar mi último examen de la carrera, hacía mucho calor y me temblaban los hombros. Me acuerdo su mano áspera frotándose los hombros y cómo yo me enojé porque le dije que estaba nerviosa por dentro y no por fuera y ahora me gustaría estar tranquila por dentro y por fuera y disimular que tiemblo.

El Dr. Sipolsky da el primer paso y veo el maletín que va subiendo escalón por escalón.

A Carola le dije que mamá tenía que ir a trabajar como todos los días y fue la primera vez que me preguntó "¿Por qué?". Sólo pude contestarle que iba porque es importante trabajar. Y ahora pienso que fue la respuesta más sincera aunque le estuviera mintiendo: es importante encontrar su cuerpo y elegir enterrarlo donde nosotras queramos. O hacerlo cenizas y lanzarlo al mar. Incluidos sus dientes.

Le piden al Dr. Sipolsky que entregue la dentadura y obedece. Abre el maletín y retira una caja rosa. A Gervasio no le gustaba nada el rosa.

Pido entrar a ver el cuerpo de mi marido. -No es lo aconsejable, señora- me dicen. Vuelvo a pedir entrar a ver el cuerpo de mi marido. -Si usted lo prefiere- me responde un hombre y me indica que lo siga. -Es aconsejable no respirar al estar dentro, le puede hacer mal.

Intento fijar en mi memoria todas las sonrisas de mi marido, el hoyuelo en la terminación de la boca, la manera en que me raspaba su barba si se reía abrazándome, el espesor exacto de sus labios -el de arriba mucho más finito-, las cejas que se le subían cada vez que reía -a veces también cuando hablaba-, la risa como la "tos ronca de un chancho" yo le decía, el aliento que era tan suyo aunque comiera su budín de cebollas. Quiero recordarlo todo y volver a verlo y que lo que recuerde sea más potente que lo que puedo llegar a encontrar.

Entro.

Toco con mi mano lo que fue su frente.

Salgo.

Hay que esperar por los trámites. Camino en círculo por el pasillo angosto. Me llevo a la boca la mano con la que toqué su frente. Me acaricio con mi mano el cuello. Me huelo la mano.

Camino en círculos. Se hace tarde y Carola ya estará durmiendo.

Finalmente un hombre confirma que sí, oficialmente también se puede decir que Gervasio está muerto y que esto que queda fue su cuerpo. Me llevo la mano a la boca y me la beso.

Me entregan papeles para firmar y lo hago con la mano izquierda aunque me cueste, no quiero que nadie me quite el contacto con Gervasio de mi mano derecha. Ya nos podemos ir. El Dr. Sipolsky me acompaña, bajamos las escaleras. Me subo a un taxi y miro por la ventanilla al Dr. Sipolsky que se queda sosteniendo su maletín vacío, de pie sobre la vereda.

Hago malabares para pagar el taxi, recibir el vuelto, abrir la puerta y bajar, con una sola mano. Esto que traigo es lo último que me queda de todo Gervasio, que nadie me lo quite, es para mí y para Carola. Empujo la puerta con el hombro izquierdo.

Me recibe Carola recién bañada.

-Isabel me quería hacer dormir, má, pero te estaba esperando despierta para que me cuentes un cuento- me dice con ojos cansados. Le doy un beso. Me descuelgo el bolso del hombro.

-¿Me trajiste algo, má? Repondo que sí hacia mis adentros y le digo que no con la cabeza.

La acompaño a su cuarto. Se acuesta en su cama y se acomoda hacia un costado para que me siente con ella. Me siento. Con mi mano, con mi brazo, le aprieto su manito.

"Te traje a papá", digo hacia mis adentros. Sus deditos aprietan mi mano.

-No quiero dormir, mamá-

-Es tarde Carola.

-Ayer tuve un sueño raro -me dice sin soltar mi mano.

-¿Qué soñaste chiquitita?

-Estaba en un lugar que no conocía y de golpe se me caían todos los dientes.

Suelto su mano de mi mano. ¿Cómo le transmito el amor sin el espanto?

-Si querés hoy dormimos juntas, chiquitita -le digo y me inclino hacia su cuerpo y la abrazo con un solo brazo.

#### FICHA DE AUTOR

#### ANALÍA SIVAK

*Nació en 1976 en Buenos Aires, Argentina. Estudió Ciencias de la Comunicación Social en la Universidad de Buenos Aires. Ha trabajado como periodista y productora de televisión. En la actualidad vive en Madrid, es responsable de prensa y coordinación académica de la Escuela Contemporánea de Humanidades y también lectora para Alfaguara. Desde junio 2010 escribe el blog "Ficciones Verdaderas" <http://ficcionesverdaderas.ech.es/blogs/>*



## Mención

### “Los reyes del sabor”

Por FERNANDO CHULAK

Eso de abandonar Fiat Duna grises parecía moda. Cada dos o tres días alguien me avisaba: “date una vuelta por Ruta 8, kilómetro 143”; o “camino a Bahía Blanca vas a ver un cruce...”; o “en las playitas de Quilmes, fijate que del río asoma la trompa de un Duna gris”. Los busqué todos, y en algunos hasta creí sentir el olor del gordo Balceiro; otros, en cambio, no eran ni Fiat ni grises: eran boludos que llamaban para joder. Por eso, cuando vi la carrocería quemada al costado de la casilla pensé que ni valía la pena preguntar. Balceiro podría haberse escondido en Cancún o en París: el gordo sabe que por un millón de dólares lo busco hasta en Júpiter si hace falta. Porque si dijimos vamos y vamos, no hay vuelta que darle: vamos y vamos.

Abrí la puerta de la casilla, y el tipo no me dio tiempo ni para mentir. “Busca el auto, ¿no?”. Me dejó pasar como si me conociera: yo buscaba ese auto desde hacía un año, y en una de esas, desde hacía un año que él esperaba mi llegada. Del Duna sólo quedaban fierros quemados, un esqueleto. En el asiento del acompañante, donde yo había aceptado sin chistar aquel vamos y vamos, ahora tenía tarros de pintura con helechos, y en el asiento de Balceiro dormía un gato. Abrí el baúl sólo para confirmar lo que ya sabía y el tipo de la casilla me dijo: ahí había un portafolio con billetes, el dueño del auto dijo que me los podía quedar. Pensé que era una broma. Me indicó que lo siguiera, entramos a la casilla y dejó abierta la puerta, aunque cerrarla no hubiera hecho diferencia: por el espacio entre las maderas cabía un puño, las bisagras con suerte se sostenían de un alambre oxidado. El tipo se presentó como Florencio, preguntó mi nombre y yo dije el primero que se me ocurrió.

Para seguirle el juego, le pregunté por el portafolio, y él lo señaló: estaba ahí, sobre la mesa, al alcance de la mano, fácil. Yo pensé: le doy un culatazo al tipo, arranco mi auto sin mirar atrás y, una vez en la ruta, abro el portafolio para disfrutar de mis dólares, que si tengo que volver con las manos vacías, a este Florencio le doy dos tiros por hijo de puta y cagador. Pero entonces él dijo “agarre tranquilo, mire, vea”. Agarré, y adentro del portafolio no había nada, ni papel de diario. De pronto se abrió la puerta y entró el gato que dormía en el auto y al que se le veían las costillas de lo flaco que estaba. Por como vivía, quedaba claro que este tipo no tenía la plata. Yo dije “gordo de mierda” y entonces Florencio me dijo que el pobre gordo no debió haber vivido mucho más: llegó con un balazo en la pierna, estacionó el auto ahí donde quedó y lo roció con nafta. Cuando Florencio se acercó a ayudar, Balceiro tenía un billete enrollado en la punta de

los labios y un fósforo encendido en la mano. El auto tardó varias horas en quemarse del todo, y el gordo Balceiro se había ido hacía rato. Cuando pregunté por la plata, el tipo fue claro: se quemó.

El gato se acercó a Florencio, que para entonces parecía esperar que yo dijera algo. No dije nada y él me ofreció de tomar. Hubiera pedido un whisky, Chivas por favor, pero este tipo no tenía nada de nada, así que dije: con un vaso de agua está bien. Cuando Florencio se levantó a servirlo, al costado de la mesa vi un cenicero y un cigarro a medio fumar; la bolsa con tabaco estaba frente a mí; la ceniza apagada llegaba hasta la mitad de un cinco verde, el cero no había llegado a quemarse. Quizás debería haberle pegado un balazo en la pierna para que entienda, no sé, pero no lo hice. Señalé el billete y pregunté por el resto; Florencio dijo que un buen cigarro es lo único que llena sus días. Antes también tenía una mujer, dijo, pero ahora sólo quedaba el gato. Me preguntó si fumaba, y no supe qué decir. Agarró el billete, lo golpeó con suavidad para que cayera la ceniza y acercó un fósforo. Del cigarro salía humo azul.

El gato se me acercó y Florencio dijo que Toto quería que lo acariciase; dije que no me gustan los animales, pero lo que no me gustaba era eso sobre el lomo que parecía sarna. Le pregunté a Florencio si se había fumado todo y me dijo que no, que todo no. Dio una pitada y dijo "llega justo, me queda uno", y me mostró uno de cien. Miré a mi alrededor: los tablones de madera podrida en la pared, el suelo mitad cemento mitad tierra, la luz que se filtraba por el techo de zinc. Pregunté lo que había que preguntar, y por el gesto de Florencio, se notaba que le parecía una estupidez. Me dijo que hay placeres que no se explican, y después me preguntó si, por ejemplo, yo pensaba el sexo sólo como una forma de cansarse ante de echarse a dormir. Toto se le acercó y Florencio le acarició la cabeza, donde no había rastros de sarna. El humo azul ya me ardía en la boca. Saqué mi billetera, le mostré a Florencio dos billetes, uno de veinte pesos y uno de diez, y le propuse multiplicar por dos el placer de su cigarro; él me dijo que no era tonto, que todo el mundo sabe que los verdes, y más los de cien, son los reyes del sabor. Dio una última pitada a su billete de cincuenta y lo aplastó contra el cenicero: tal vez, esos últimos centímetros sin tinta eran algo así como el filtro, o tal vez, lo lindo de fumarse un billete es dejarlo antes, apoyarlo en el cenicero y verlo morir ahí.

Guardé mis pesos, que eran todo lo que tenía, y Florencio dijo que podía invitarme un plato de fideos, aunque sólo por hoy. No era un tipo fácil de odiar. Le pregunté por Balceiro y dijo que nunca había visto una cara tan llena de placer como cuando el gordo encendió su billete. Florencio dijo: "disfruté cada centavo que fumó, y disfruté todavía más al quemar ese Duna gris. Quemar un auto, quién podría...". Porque ya no había nada más para decir me levanté de la mesa, lo saludé y agradecí los fideos que no comería. Cuando llegué a la ruta, detuve el auto. Ya no tenía adonde ir, ya no tenía ningún apuro. Desde la banquina, se veía el esqueleto del Duna y el techo de la casilla de Florencio. Abrí la billetera y saqué el billete de diez. El humo azul me quemó la garganta. Quizás era cierto: los verdes, los de cien, son los reyes del sabor.

## FICHA DE AUTOR

FERNANDO CHULAK

*Tiene 31 años y trabaja desde hace seis años de periodista. Ha publicado relatos en las antologías: "El puente secreto", de 2010, Ediciones de la Universidad Nacional de Lanús; "Nuevos narradores, Antología de jóvenes escritores" de 2010, Editorial Clásica y Moderna; "Nuevas narrativas, Historias breves III" de 2008, Editorial Clásica y Moderna; "Nuevas narrativas, historias breves II" de 2006, Editorial Clásica y Moderna; "Exquisito cadáver: La muerte", de 2008, Ars et Design; en Suplemento Cultura de Diario Perfil. Además, obtuvo una Mención Especial en el concurso literario "La cultura del trabajo 2007", organizado por la Universidad Católica Argentina. Terminó su primera novela "Rey muerto".*



## Mención

### “El séptimo”

Por GUILLERMO MAC KAY

*El abuelo va a volver el miércoles, me dijo. Estése quieto y no haga bulla, me dijo, que el miércoles el abuelo va a volver y le va a traer la carne del cebú que tanto le gusta. Y estése quieto, me dijo, no le ande tironeando a la cadena que se va a soltar y después, ¿quién lo tiene que andar buscando por el monte?, el abuelo, porque de sus padres ni noticia. El abuelo es bueno porque me da de comer siempre y aunque le falte para el Garisto que es el mejor perro, me da lo que tiene. El Garisto no me quiere nada y yo tampoco a él. No nos miramos. Me ladra como para morderme. Pero no se anima. Y el abuelo siempre tiene que andar corriéndolo con un palo. ¡Garisto, perro del infierno!, le grita, y el Garisto se mete en el monte y no aparece hasta que le vuelve el hambre otra vez porque no pudo encontrar nada decente de que alimentarse. El Garisto es blanco y grande y tiene los ojos negros que parecen de animal muerto. Cuando me ladra o le ladra a un chanchito salvaje le cuelgan babas de entre los dientes. Los otros perros son garroneros, malnacidos de las orillas, y me tienen miedo. Yo no les hago caso.*

*El abuelo se tuvo que ir al pueblo a comprar cigarrillos y botellas de vino que es lo que necesita un hombre para vivir. Ya le voy a convidar m'hijo, me dijo, para cuando sea el tiempo. Usted espéreme quietecito que se va a ganar su premio, le digo. El miércoles el abuelo va a venir y le va a traer la carne del cebú que tanto le gusta. Y no le ande tironeando a la cadena que se va a soltar y después, ¿quién lo tiene que andar buscando?*

*El abuelo tuvo que ponerme el collar antes de irse. Estuvo martillando el poste toda la mañana y después trabó la cadena en un gancho. Como la otra vez había llovido tanto y se había hecho un charco, colgó una lona verde de los árboles para que no me moje. Esto no quiero hacerlo, me dijo, pero usted sabe que es así, es para su bien, me dijo. Le dije que sí, al abuelo, porque el abuelo es bueno. Antes el abuelo vivía solo en el monte hachando leña y la mamá y el papá me trajeron para que le hiciera la compañía. En la casa éramos siete los hermanos y yo el último. Así que la mamá y el papá me trajeron.*

*Cuando el abuelo se mete en el monte me tiene que poner el collar para que no me pierda. Al principio yo no quería. Tironeaba de la cadena para arrancarla del poste, iba de acá para allá pero me daba cuenta de que solamente podía hacer un redondel en la tierra y ni siquiera llegaba a la tapera. A la noche era peor porque hacía mucho frío, estaba todo oscuro y no se veía lo que había. Pero peor eran los ruidos del monte. Porque se escucha todo, aunque esté lo más lejos. Hasta la pisada del aguará ladino del otro lado del río, se escucha.*

Casi siempre me quedo muy quieto al lado del poste y espero que llegue el abuelo y trato de dormir entre las lonetas que me deja para que me tape. *Pero mire lo que se ha hecho m'hijo*, dice el abuelo, cuando vuelve a la mañana, cuando el sol ya levantó y empieza el calor insoportable, *mire como se ha estropeado las manos, la cara. Venga que le saco ese barro*. Entonces me suelta y nos lavamos en el tanque. Y después comemos.

Cuando el abuelo se mete en el monte, el Garisto y los demás siempre lo siguen hasta donde sea. Pero esta vez el Garisto lo siguió solamente hasta el río y pegó la vuelta, no sé por qué. Todavía no ha asomado la cabeza pero yo lo oigo dar vueltas. Lo oigo olfatear y dar vueltas, enterrar sus huesos en los pozos que hace entre los árboles, como siempre. Estoy seguro de que me mira. Estoy seguro de que sabe que lo oigo.

A veces me siento solo y me acuerdo cuando estaba con la mamá, el papá y los hermanos. Estábamos todos en la casa y los mayores se iban temprano con el papá para trabajar en el campo y volvían muy tarde, cuando ya no había sol. Me acuerdo que la mamá me llevaba para los fondos a que le hiciera la compañía en la huerta, *venga m'hijo*, me decía, *ayúdeme con los tomates*. Y yo la ayudaba, le llevaba la arpillera para juntar los tomates. Éramos felices en la casa, a pesar de que no me dejaban salir como a los otros, que se iban a pescar al río o a matar chanchos salvajes al maizal de Don Dalmacio. Siempre me tenía que quedar. Nunca salía. A veces tardaban muchos días en volver porque remontaban el río hasta las islas, entonces dormía solo en la pieza con la tranca en la puerta. Pero cuando llegaban éramos demasiados para la pieza y tenía que ir a los fondos. *Usté es el último*, me decía el mayor, *así que se va a los fondos*. A veces no había mucho para comer, había el matecocido, nada más, así que nos íbamos a dormir con hambre. Entonces había peleas, que era lo peor de todo. El mayor siempre le contestaba al papá y el papá lo echaba de la casa y por varios días no volvía. Todo hasta que la mamá hablaba con los dos. Entonces era otra vez tranquilo, se iban temprano al campo a trabajar juntos y volvían cansados y sin palabras y sin risas.

A mí no me importaba pasar hambre. Siempre lo dije. Pero cuando pasó lo del chivo todo cambió. Yo se los quise explicar pero no me entendieron. No pude explicar lo que quería. No pude. *Hable bien, m'hijo, hable como un hijo de Dios, hágame el favor*, me dijo la mamá casi llorando. Y le quise explicar. *Hay que llevarlo con el abuelo*, dijo el mayor, *no hay otra solución. Le va a hacer la compañía, le va a ayudar*. Esa vez también hubo peleas hasta tarde, pero no pude escucharlas. Al otro día el papá y la mamá me subieron a la canoa y remontamos el río hasta el monte donde vivía el abuelo. Y ahí me dejaron.

Cuando estuvimos solos el abuelo me miró, me acarició la cabeza. *Venga m'hijo*, me dijo, *venga que le voy a dar algo de comer, ¿comió alguna vez la carne del cebú?*

Yo no sé qué día será, y si faltará mucho para el miércoles. Ya va bastante tiempo desde que el abuelo se fue. Bastante. Y hace frío. Y tengo hambre. Las nubes están cargadas y tienen olor a lluvia. Los pájaros bajan a la tierra y se ponen a saltar alrededor como si creyeran que estoy dormido. Cuando se acercan demasiado, los espanto con un grito.

El Garisto da vueltas detrás de los árboles, lo oigo. Lo oigo olfatear, buscar, hacer pozos, enterrar sus huesos que quién sabe de dónde saca. El Garisto también debe tener hambre. No debe saber de dónde robar comida. Y como me tiene miedo, no se acerca. El palo que usa el abuelo está apoyado en la puerta de la tapera y aunque tire de la cadena no lo puedo alcanzar. El palo está en la puerta. El hacha está en el tronco. Cuando el abuelo vuelva me va a soltar. Hay que esperar, hay que estar tranquilo. En cualquier momento oigo el chifido para juntar a los perros y las ramas se abren y aparece con las cosas que trajo del pueblo. La otra vez me trajo un muñeco de madera pero lo rompí. *Usté no sabe jugar m'hijo, me dijo, lo rompió. ¿Y cómo lo criaron sus padres que no sabe jugar?* A veces el abuelo me habla pero no entiendo lo que dice. A veces parece que habla con él mismo, entonces me quedo quieto y espero que me pida que lo ayude. *Vamos para allá*, me dice, y lo acompaño sin preguntarle. Pero nunca me lleva adentro del monte. *Adentro del monte no, me dice, ahí uno puede esperar cualquier cosa porque es un lugar del diablo. Ahí voy yo solamente, que ya tengo mi charla con él.*

Yo también hablo a veces sin que nadie me oiga. Hablo porque me dan ganas de hablar. Y los perros ladean la cabeza porque no entienden. Pero el abuelo a veces tampoco me entiende a pesar de que me conoce. *Hágame una seña m'hijo*, me dice, *¿qué es lo que quiere? ¿Quiere contarme algo? Tiene el hocico pegado, por eso no le salen las palabras.*

Pero otras veces, cuando estoy solo como ahora, grito. Grito porque me gusta oír el grito y cómo los ruidos del monte se callan y esperan otro grito. Los pájaros salen arremolinados, golpeándose con las ramas, y se van a otro lado. Me gusta mucho hacer eso, a pesar de que el abuelo me dice siempre que tengo que quedarme callado y quieto porque nunca se sabe lo que puede pasar.

Yo no sé cuándo será el miércoles y si faltará mucho para el miércoles. Me parece que debe faltar poco. Digo así porque ya va bastante tiempo desde que se fue el abuelo. También ya va bastante tiempo que se terminó la comida de la olla. Yo duermo siempre abrazado a la olla. Duermo pero escucho todo. Vigilo.

Ahora el Garisto ha salido de detrás de un árbol y da vueltas en el lugar sin mirarme. Era de esperarse que apareciese con lo ladino que es. A nadie puede engañar con sus pozos y sus huesos. Me levanto y me voy contra el poste. Yo sé lo que quiere.

Tiene hambre.

Da vueltas como para marearse y no me mira. No se anima a mirarme. Mueve la cabeza de vez en cuando. Le grito una vez, fuerte, para que se asuste, pero no se asusta. El Garisto levanta las orejas que de tantas peleas las tiene partidas en pedazos. Le tiro una piedra y le digo que se vaya, que cuando el abuelo vuelva le va a dar con el palo. Y con el hacha.

Se acerca despacio, no mucho, y puedo verle la boca rosada, los dientes, la baba que le cuelga. Tiene sangre seca en las patas y un poco en el pecho. Me mira con los ojos

negros. Parece tranquilo. No ladra como cuando acorrala al chanco salvaje para que el abuelo le clave el cuchillo.

No sé qué espera.

Agarro la cadena y me voy detrás del poste. Yo también tengo que esperar como él. No tengo que dormirme ni dejar de mirarlo. El Garisto es de esos perros que pueden quedarse parados todo un día sin moverse, sin dormirse, aguantando.

*Lo parió el infierno, dice el abuelo. Pero a mí me debe haberlo salvado de la madre que se lo iba a comer de hambre. Lo tuve en una mano, al ingrato.*

Yo no sé cuánto debe faltar para que sea el miércoles, para que llegue el abuelo y me traiga los regalos y la carne del cebú que tanto me gusta. Debe faltar poco me parece, porque me dijo que la tardecita y la noche iban a ser de las más claras, como si fuera de día. Y se nota en los pájaros, en los bichos que entran y salen de los agujeros, en los ruidos del monte.

Para donde se mire es un aviso.

**FICHA DE AUTOR****GUILLERMO MAC KAY**

*Arquitecto. Participó en los talleres literarios de Liliana Diaz Mindurry. En 2004 ganó el concurso "Ciudad de arena" de cuento fantástico, otorgado por Ana María Shua y Carlos Gardini. Y fue publicado en una antología junto con autores destacados del género.*

## Mención

### “Davidoff’s Boys”

Por MARÍA ELENA MOLINA

Nunca fuimos soldados y nunca pisamos Malvinas, aunque algunos aseguren que fuimos nosotros quienes desatamos la guerra. De hecho, en el enredo de las cronologías, todo comenzó más o menos en septiembre de 1979, cuando el señor Constantino Davidoff, especialista en chatarra, firmó un contrato con la empresa escocesa *Christian Salvensen*. Para nosotros, todo empezaba y terminaba como un contrato de trabajo. Así de simple.

Yo había llegado a Buenos Aires en mayo del 79 y estaba entusiasmado por hacer lo que fuese. Cualquier cosa me venía bien o todo me daba igual. Sinceramente, me hubiese ido a Burkina Faso de haber sido necesario. Cualquier cosa con tal de no volver a Tucumán. No podía volver al Norte, ¡No podía! Si volvía, finiquitaba todo y a la mierda. El Beto me había pedido encarecidamente que rajara, que no volviese más y yo, por cagón, se lo había prometido. Un pacto entre hermanos, así de simple. En Buenos Aires, por el contrario, nadie me conocía, nadie sabía nada de mí y, lo más importante, a nadie le importaba quién carajo era este tucumano bajado a ponchazos de los Valles Calchaquíes.

Digresión innecesaria, mil disculpas, no quiero irme por las ramas.

Lo cierto es que, para fines del 79, Constantino Davidoff había gestionado el servicio del buque *HMS Endurance* en la Embajada Británica de Buenos Aires. Sólo así podría transportar a las islas el personal y los equipos necesarios para dismantelar las instalaciones sin quilombos. En un lapso brevísimo de tiempo, debíamos deshacernos de cuatro factorías balleneras en Leith, Islas Georgias del Sur. Dismantelar fábricas era un trabajo de rutina para Davidoff y su equipo, por lo tanto, el mayor desafío consistía en llegar a las islas. De ahí en más la operación era pan comido.

Sin embargo, medio al tun tun, la Embajada Británica rechazó el pedido de Davidoff y, cuestión de coyunturas históricas, la Armada Argentina se ofreció desinteresadamente a llevar a cabo la tarea. A mí la verdad es que me importaba un carajo quién nos llevase. Yo tenía 22 años, había montado caballos, mulas, llamas, había andado en moto, en auto, en carro cañero, en sulky, pero nunca en barco. Jamás había visto el mar y el Río de la Plata, honestamente, me había desilusionado un poco, así que estaba listísimo para subirme a lo que fuese. Si me hubiesen dicho que tenía que llegar a las



Georgias remando, lo hubiese hecho, sin dudarlo. Nadar no, porque nunca aprendí a hacerlo y siempre fui cagón para aprender cosas nuevas, a menos que las circunstancias me obligasen y, a veces, ni eso.

En fin, el patrón Davidoff comunicó a la Embajada Británica nuestro viaje al archipiélago de Malvinas y, en diciembre de 1981, zarpamos con destino a las Georgias, a bordo del rompehielos *ARA Almirante Irizar (Q-5)*. Yo estaba chocho. Para mí el viaje era eso: el desplazamiento, el estar ahí, en el buque. En el fondo, no quería llegar a las Georgias, no quería mover ni un dedo. Trabajar nunca fue lo mío; supongo que nunca es lo de nadie. El clima, perfecto. Acostumbrado a recagarme de calor en Tucumán, recagarme de frío en medio del Atlántico Sur era una antítesis interesante, un contraste inimaginable, único. Todo sucedió rapidísimo. *Veni, vidi, vici*. Llegamos, trabajamos, volvimos.

Ya en continente me di cuenta de que el desplazamiento, el viaje y el lugar, en su defecto, me habían fascinado. No hacíamos un carajo, me pagaban, me llevaban y traían, viajaba. En las Georgias no había nada, un desierto, pero para alguien como yo, hartito de la vegetación, de las yungas, el *naderío* del Atlántico Sur ejercía una atracción enorme. Estoy seguro de que en el cerebro hay algo que nos empuja hacia el exotismo, no puede ser de otra manera. Los xenófobos mismos esconden, bajo el odio exacerbado, su absoluta admiración o su profundo temor por los otros. Mecanismo de defensa, así de simple. En mi caso, siempre fui un tipo humilde. A mí los otros me generan atracción, o miedo a lo sumo, nunca rechazo. Yo siempre quise ser otro, estar con otros. Tucumán siempre fue un lugar de tránsito, un no-lugar. Nunca quise estar ahí, nunca quise volver y siempre me constó pertenecer. De Tucumán lo único rescatable era el Beto, chango noblísimo si los hay, mi hermano del alma. Dentro de mi familia, sólo él valía la pena. En cada una de sus cartas y llamadas, como una letanía, preguntaba cómo la llevaba con el mar. Jamás pude hacerle entender que, desde Buenos Aires, no se ve más que el Río de la Plata, impostura de mar.

Por eso es que, en este estado de éxtasis hacia lo nuevo y con las mismas ganas de irme a la mierda de siempre, no dudé ni un segundo en aceptar otro viaje a las Georgias. Muy a nuestro pesar, meses más tarde, el 19 de marzo de 1982, se armó la pelotera. Con motivo nuestra segunda travesía al lugar, ahora en el *ARA Bahía Buen Suceso (B-4)*, se nos ocurrió izar la Bandera Argentina en las Islas. Error justificado en demasía, naturalmente. ¡La culpa la tiene la idiosincrasia, señores, la idiosincrasia! En Argentina, la escuela pública, gratuita y laica te atosiga a símbolos patrios. De repente un 25 de Mayo o un 9 de Julio te olvidabas de llevar la escarapela o la perdías camino a la escuela (los alfileres esos de mierda volaban al instante) y eras un *Traidor a la Patria*. Las comparaciones, siempre inevitables: Cabral, soldado heroico, se jugó la vida por nuestra Argentina incipiente; San Martín, libertador de América; y vos no podías cuidar que una puta escarapela de 20 centavos, comprada en la librería de la esquina de tu casa, no se te cayese de la solapa izquierda del guardapolvo blanco. A los ocho, nueve, o diez años de edad, la heroicidad también era una cuestión de dimensiones.

Vuelvo directo al grano: el izamiento de la Bandera Argentina en las Georgias provocó que el Ministerio de Exteriores Británico ordenase el envío del *HMS Endurance*. El objetivo: obligarnos a arriar la bandera y evitar nuestro desembarco. Objetivo imposible, claro está, por dos motivos: 1) habíamos izado una bandera tan ordinaria que se hizo jirones antes de Thatcher se enterase siquiera de lo que habíamos hecho; 2) ya estábamos instaladísimos en las Georgias, por ende, no había ningún desembarco que impedir.

De todos modos, el 20 de marzo, Margaret Thatcher, ni lenta ni perezosa, envió el *HMS Endurance* desde Puerto Stanley. Un complemento de 24 soldados de la marina viajaba a hacer frente a un puñado de obreros argentinos o "argies", *in english*. Se organizó, además, una protesta diplomática en Buenos Aires. Acotación en *voz pasiva* porque todavía no sé bien quiénes fueron los que caldearon los ánimos en la Capital. Mientras tanto, nosotros cagados de miedo y de frío en las Georgias, por supuesto. Para ser honestos, ya no me encantaba tanto estar en medio del Atlántico Sur.

La cronología de los hechos se complica. El 21 de marzo, los ingleses solicitaron al Gobierno Argentino nuestro desalojo. El 23 de marzo, el comandante del Grupo Naval Antártico, capitán de navío Cesar Trombetta, al mando del *ARA Bahía Paraíso (B-1)*, recibió órdenes del Estado Mayor General Naval de dirigirse a máxima velocidad a las islas Georgias del Sur, con la misión de evitar nuestro desalojo por parte del *HMS Endurance*, salido a tal efecto desde las Islas Malvinas. Nosotros, aferrados a la radio, desesperábamos por saber quién llegaría primero, si el *ARA Bahía Paraíso (B-1)* o el *HMS Endurance*. Con las pelotas en la garganta y casi toda nuestra plata invertida en apuestas, rogábamos que fuese el *Bahía Paraíso*. Como buen grupo de marginados, temblábamos ante la sola imaginación de un Gurka.

El B-1, comandado por Trombetta, ganó la partida y arribó a Puerto Leith en la noche del 24 de marzo. Un grupo de apoyo desembarcó para darnos una mano, aunque nosotros no entendíamos bien qué mierda querían hacer, ni qué mano tenían que darnos. Lógicamente, las noticias procedentes del sur no se hicieron esperar. Los ingleses latinoamericanos dieron cuenta a sus pares europeos del inusual movimiento de buques de guerra de la Armada Argentina en el Atlántico Sur.

Para el 28 de marzo y los días subsiguientes los *Davidoff's Boys* (como nos apodó la prensa británica) estábamos, metafóricamente hablando, al horno con papas. Metamorfosis forzada. De obreros cagones, pasamos a ser desinteresados defensores de la Patria. Entre nosotros, en cambio, compartíamos la extraña e inequívoca sensación de ser meros chivos expiatorios.

Los días posteriores desembocaron en un verdadero caos. Se sucedieron una serie de reuniones y conversaciones de alto nivel mandatario, a fin de evitar la acción argentina. Ronald Reagan se comprometió ante Margaret Thatcher a hablar con la Junta Militar para evitar el ataque. No obstante, a estas alturas, cualquier intento de conversación con Galtieri estaba destinado al fracaso.

En cuanto pudieron, nos llevaron a continente y, de paso, colgaron sobre nuestros hombros el peso histórico de haber prendido la mecha en Malvinas y demás Islas del Atlántico Sur.

En Tucumán, al Beto le había tocado un número alto. Directo a la Marina y sentimientos encontrados. Por fin conocería el mar, aunque éste lo esperase en guerra. Un mes después de mi regreso definitivo a Buenos Aires, el 2 de mayo de 1982, el Beto, mi hermano menor, a bordo del *ARA General Belgrano*, se ahogaba en el punto 55°24'0"S 61°32'0" O del Océano Atlántico. Él, como yo y la mayoría de los *Davidoff's Boys*, tampoco sabía nadar. Así de simple.

## FICHA DE AUTOR

## MARÍA ELENA MOLINA

*Tiene 24 años y es Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán. Actualmente, es becaria de CIUNT y trabaja en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. Gracias a dos becas del DAAD (Servicio Alemán de Intercambio Académico), tuvo la oportunidad de investigar la literatura de posguerra en Argentina y Alemania. Esta investigación cambió su forma de concebir y abordar gran parte de la literatura argentina posterior a 1982. Por otro lado, en el área lingüística, trabaja con la génesis de la argumentación oral y escrita en niños de 5 a 7 años. Además de sus actividades académicas, forma parte de la Fundación Generación Ciudadana ([www.generacionciudadana.org](http://www.generacionciudadana.org)), una ONG a-partidaria que intenta acercar los jóvenes a la política y fomentar la participación ciudadana. Desde 2004, es miembro fundador y activo de la SADE filial Concepción (Tucumán). Le apasionan la literatura, el cine, la música, la historia, la política y los idiomas.*

## Mención

### “El contexto soy yo”

Por PABLO MANZANO

Primer día de trabajo. He hecho bien en aceptarlo. Tengo que olvidarme de todo lo demás de una vez por todas. Asumir que nunca lo conseguiré, enterrar toda una vida de ingenuas aspiraciones. Y dejar de seguirle la pista a JB: es enfermizo, patético. Ya he cancelado la alerta en Google para no saber más nada de él. No volveré a entrar en una librería, así me aseguraré de no acabar manoseando las cuidadas ediciones de tapa dura en las que figura su nombre y su foto. Dejaré de rastrear con lupa los suplementos; se acabaron los suplementos, jamás volveré a leer uno. Por suerte el Olimpo que la celebridad tiene reservado para los escritores ocupa dos tristes páginas a la semana (pocas migas para repartir). Mi nuevo trabajo, un trabajo manual y ordinario, también me ayudará a vivir desconectado. Mi trabajo será una anestesia contra mi vida. Quizá hasta consiga volver a sonreír.

En la recepción de la planta, la mujer que me entrevistó la semana pasada me dice que mi jefe llegará con un poquito de retraso. Él me explicará en qué consiste mi labor, pero tendré que esperarle una media horita. No me importa, si supiera cuán acostumbrado estoy a la espera. Algunos esperaron más y finalmente vieron los frutos. Para mí veinte años de intentos sin el menor resultado es suficiente: una señal más que clara. Mi primer relato lo escribí a los dieciséis. JB empezó a esa misma edad. De hecho nuestros inicios coincidieron en el taller literario optativo del instituto. Aunque mi supuesta vocación nació mucho antes, cuando era niño, gracias a mi abuelo.

Mi abuelo tenía una pequeña imprenta y quería que todos sus nietos se interesaran por el oficio a una tempranísima edad. Yo era el único que no le hacía ni caso. Me aburría mirándole trabajar, me negaba a ayudarlo. Así que mi abuelo empezó a decirme eres un inútil, un jodido inútil, ¿me oyes?, humillándome delante de hermanos y primos que luego me señalaban diciendo ahí va el inútil, ahí va el jodido inútil. Pero un día mi abuelo vino a buscarme al colegio; en aquella ocasión dejó de llamarme inútil para dirigirse a mí por el diminutivo de mi nombre de pila: ya no estaré, ya no estaré aquí, me decía mi abuelo mientras me abrazaba y lloraba. Yo no sabía qué le ocurría. Nunca llegué a saberlo. Lloraba como si tuviera el corazón hecho pedazos. Aquel mismo día mi abuelo se pegó un tiro en el corazón con una escopeta. Entonces yo tenía ocho años. Con el tiempo averigüé que mi abuelo se había despedido de mí y de nadie más. ¿Por qué? No lo sé. Lo cierto es que fue mi abuelo quien me convirtió en un inútil y me dejó algo que contar, y más adelante comprendí que un inútil con algo que contar no puede hacer otra cosa que escribir.

Una buena anécdota, ¿verdad? Un poco macabra pero jugosa, se puede utilizar. Pues está a la venta en eBay junto con decenas de anécdotas antológicas que utilicé para escribir relatos y novelas que nunca vieron la luz. Con anécdotas no se construye una buena pieza narrativa, eso cualquiera lo sabe, es tan obvio como que la vocación, el esfuerzo y la paciencia en sí mismos no valen gran cosa. Hace falta talento, rigor, habilidad para asomar la nariz. JB cuenta con todo eso y algo más: mi odio. Mi odio le trae suerte, no tengo dudas. Santo que maldigo, santo que bendigo.

Mi nuevo jefe acaba de llegar. Me ha saludado con simpatía. Debe de ser diez años más joven que yo. Ha dicho que estará conmigo en un momento. La simpatía no le va a durar mucho. Además de enseñarme mis tareas, tendrá motivos de sobra para echarme broncas a diario. Mi abuelo no se equivocaba: soy un inútil. Un negado. Una especie necesariamente en extinción. La tecnología de la novela me es tan ajena como la mayoría de los programas informáticos. Sospecho que mis dificultades de aprendizaje derivan de que más que un autor, siempre he sido un personaje. Un personaje vive, no escribe. No al menos sin un autor dotado que lo escriba. A falta de uno, este personaje se escribe a sí mismo. Las pocas veces que entregué un manuscrito -valga el eufemismo para un mamotreto- en manos de un agente o editor, enseguida me preguntaron por el contexto espacio-temporal de mi obra. Mi respuesta era invariable: el contexto soy yo. Siempre he experimentado la vida literariamente, condenado al episodio inspirador aunque incapaz de componer una ficción lograda y convincente. Hoy sé que lo que antes llamaba «mi vena creativa» no es más que vanidad, que mi necesidad de contar historias se reduce a una simple necesidad de venganza. Da igual si estas apreciaciones son acertadas o no, cuando un mal nos consume lo importante es hallar palabras para expresarlo. He llegado a desear males de verdad: un cáncer, una silla de ruedas, pero no creo que nada de eso me demandara mayor atención que el propio fracaso. Sólo serviría para lanzarme una vez más a un esfuerzo en vano. El resultado: otro mamotreto de quinientas páginas en primera persona sobre mi desgracia. El contexto soy yo.

Mi nuevo jefe me pide que le acompañe al vestuario. Antes de empezar debo ponerme el uniforme de trabajo. Un pantalón azul, un batín azul. Me enseña donde están las taquillas y la máquina de fichar. No sé si estoy en una fábrica o en un almacén, no tengo la menor idea de cuáles serán mis funciones en esta nave descomunal. Sólo me dijeron que era un trabajo de manipulación muy sencillo. Muchas horas haciendo lo mismo. Un sueldo precario, seguramente, pero a estas alturas prefiero poco antes que nada. Fueron veinte años de nada, viviendo de tirado, a costa de un sueño ridículo. Eso se acabó. ¿Cómo fue que mordí el anzuelo de la ilusión? Quizá debería preguntárselo a Rizos, así le llamábamos a la profesora del taller literario optativo del instituto. Para ella, JB y yo éramos los mejores, y a menudo elogiaba mis trabajos en clase más que los suyos. En las demás asignaturas mis calificaciones eran buenas, pero las de JB eran siempre superiores. En las fiestas del instituto JB era JB, y yo era el amigo anónimo de JB. Rizos no sólo consiguió que me sintiera a la par de JB por primera vez en mi vida, sino que me convenció -y a partir de entonces yo me convencí- de que era mejor que Kafka. Ya he hablado de lo lejos que llegué en mi carrera. Ahora referiré la trayectoria de JB: autor de cinco novelas publicadas, tres de ellas premiadas, traducido



a cinco idiomas, colaborador permanente de diversos suplementos culturales, ganador de varios premios por sus libros de relato, poesía y aforismos, nuevo talento de la principal cadena de librerías y, según toda la crítica, promesa cumplida de antemano. En su última entrega, *El odio*, además de novelar un contexto espacio-temporal preciso, JB demuestra que también puede rebajarse a una prosa de tapa blanda. Pero el odio, como todo lo visceral, es un tema que a los tipos como JB se les escapa: lo conozco, no es una autoridad en la materia. Sólo cuando no lo has conseguido te conviertes en un experto del odio. Si por mí fuera, Rizos sería condenada a la lapidación pública. Aunque no creo que así yo pudiera volver a sonreír. Los verdaderos infiernos, por mucho que se compartan, siguen siendo privados.

Ahora mismo estoy en el infierno. Acompaño a mi jefe en un laberíntico paseo entre las máquinas. Hace mucho calor. Le pregunto qué tipo de actividad se desarrolla en la planta. Principalmente es una imprenta, me dice. Y aunque es muchísimo más moderna que la de mi abuelo, pienso en esas ironías prodigiosas de la vida que siempre me sirvieron de material narrativo y por las que ya he perdido toda curiosidad. Estoy segurísimo de que nunca más volverá a ocurrirme nada, por muy inesperado y sugere que sea, que consiga hacerme resucitar y me inspire para contarle.

Mi nuevo jefe me conduce hasta el sector de recuperación de papel y cartón. Aquí no hace tanto calor como en el resto de la planta, pero sí lo bastante como para seguir sintiéndome en el infierno. El jefe procede a darme un cursillo acelerado sobre cómo funciona la trituradora. Así me entero de que aquí se destruyen montones de libros. Otra ironía prodigiosa, otro guiño burlón del destino. Yo, inmutable. Ni siquiera me regodeo ante el hecho de que otros, si bien llegaron un poco más lejos, tampoco verán sus frutos. Mi nuevo jefe me ha indicado los botones que debo pulsar para activar las guillotinas y me ha dejado con un compañero a quien puedo consultar en caso de duda. Tengo que convertir pilas y pilas y pilas de libros en papel confeti. No sé por dónde empezar. Visualizo las estanterías de las librerías que juré nunca más volver a visitar, el manoseo de los libros sin vender a lo largo de semanas, meses, los libreros dictando finalmente la sentencia, el exilio hacia el campo de exterminio. Y de pronto, en medio de mis fantasías, ya no visualizo. No, ahora veo. Y me pellizco para saber que no estoy soñando. Y me froto los ojos para confirmar que lo que veo está allí, que no es producto de mi pobre y vengativa imaginación. Son varias pilas que suman centenares de ejemplares. ¿Tal vez un millar? Son las cuidadas ediciones de todas las novelas y libros de relatos y poemas de JB. En tapa dura, por supuesto, aunque dudo que se resistan al poder destructor de mi trituradora.

¿Decías algo?, me pregunta mi compañero. Nada, nada, le respondo, cuando en realidad he murmurado que todos ardemos en el infierno, JB, que el que llega último gana, o alguna cosa por el estilo. Según ha dicho mi nuevo jefe, todo lo que se tritura aquí se transforma en enormes balas de papel. Papel para reciclar. Papel en blanco. Papel para escribir. Todo está por escribirse, me digo. Todo está por hacer. Ahora ya sé por dónde empezar, no tengo la menor duda. Siento la tirantez de los músculos de mi cara. Creo que he vuelto a sonreír.

## FICHA DE AUTOR

PABLO MANZANO

*Nació en San Luis, Argentina, en 1972. Estudió Ciencias de la Comunicación en Buenos Aires. En 1999 se fue a Barcelona, donde vivió once años, se nacionalizó español y publicó dos libros de ficción por Editorial Barataria. En noviembre de 2010 se mudó a Viena, donde vive con su mujer. Trabaja de traductor de narrativa comercial y realizador de proyectos editoriales juveniles.*

## Mención

### “Los muebles de la cocina”

Por MAXIMILIANO RODRÍGUEZ

Volví pensando que podía encontrarse con la casa vacía, con alguna nota de despedida, con su ropa tirada en la puerta, con la casa prendida fuego. Pero otra vez la encontré acomodando los muebles de la cocina.

-Hola -le pasó los brazos por el cuello, lo besó. Tenía puestos los guantes amarillos de lavar los platos y un pañuelo en la cabeza.

-Hola.

-Perdoname por lo de hoy. A veces me pongo nerviosa.

Él había planeado no ceder a sus disculpas, estaba callado. Ella se acercó y lo abrazó. Se quedaron abrazados unos segundos, y él se olvidó de lo que tenía que decir. Ella lo agarró de la mano para llevarlo a ver por la ventana. Vieron que las plantas habían crecido. Eran unas cuantas alegrías del hogar en unos macetones para palmeras. Él quiso decirle que en realidad las plantas no le importaban, pero parecía no encontrar las palabras necesarias para armar esa oración. Después pensó decirle que habían quedado muy lindas, que podía dedicarse a hacer trabajos de jardinería y así ganar algo de plata extra, pero sabía lo que le iba a contestar. Que no podía por el cansancio físico, por la falta de herramientas, pero sobre todo por el hecho de que no quería descuidar la casa. Ella le tocó el hombro, todavía con los guantes puestos, y le señaló la cocina con un leve movimiento de cabeza.

La cocina era muy chica. Sabía que la casa había sido construida con una cocina más grande, pero fue reducida cuando a los últimos dueños se les había ocurrido agrandar un poco el comedor. Por eso, desde el momento en que se mudaron, los muebles no entraron cómodamente. Sin embargo ella no descartó ninguno. Tenían dos bajo mesadas enormes que ocupaban dos paredes. A eso había que sumar la cocina, dos aparadores para vajilla, la heladera, dos tachos de basura, un mueble con puertas de vidrio con adornos viejos, y el lavavajillas. Así que algún mueble siempre estaba tapando la entrada al comedor, obstruyendo una ventana o inutilizando algún cajón. Él quería tirar el mueble de vidrio y un tacho de basura, o bien llevar uno de los aparadores al comedor. Ella decía que ésas eran cosas de la cocina, que tenían que estar en la cocina, y que ya iba a encontrar la forma para que todo quede bien acomodado. Tampoco le

había gustado la idea de pedir un préstamo para agrandar la casa, porque no estaban para gastos, y porque eso la iba a empujar a salir a trabajar.

Ella volvió a tocarle el hombro.

-¿Y? ¿Cómo quedó ahora?

Él se dio vuelta y vio los muebles reorganizados. La heladera tenía unos dedos marcados en la puerta. Supuso que la había terminado de acomodar cuando lo escuchó llegar. Los muebles estaban apretados contra las paredes excepto el mueble de vidrio. Notó que uno de los aparadores no iba a permitir abrir una de las puertas del bajomesada, y que si se caía un tenedor al piso no iba a tener espacio ni para agacharse a levantarlo.

-Se ve mucho más cómodo -sonrió.

-¿Viste? Te dije que iba a entrar todo -sonrió y volvió a mirar la cocina diminuta-. Y no tuvimos que tirar ninguno de los tachos.

Otra vez se quedaron en silencio, inmóviles. Él quiso ir al baño y casi al mismo tiempo, ella hizo un ademán para ir en la misma dirección.

-¿Vas al baño? -le preguntó ella.

-Andá vos.

-No, está bien. Después voy yo.

Él pasó al baño y cerró la puerta despacio, como evitando perturbar el silencio que había. Se bajó los pantalones y se sentó en el inodoro, pero solamente hizo pis. Sobre la repisa estaba el patito. Se había acostumbrado a tomarse un tiempo en el baño para agarrarlo y mirarlo un rato. Tenía ese patito desde que era chico. Era amarillo, de madera, y estaba despintado por la humedad del baño. Lo había puesto en su mesa de luz, pero ella había dicho que los patitos iban en el baño.

Todavía sentado intentó recordar cómo estaba la cocina el día anterior, repasó los cambios de lugar de los muebles. Si bien no la había visto nunca empujando y arrastrándolos, podía imaginarse cómo los corría de lugar, cómo ponía mangueras extensoras para el lavavajillas, cómo probaba las posiciones de los aparadores. Podía ver en el piso las marcas que dejaban los muebles, alguna astilla. Y siempre quedaba alguno que no estaba contra la pared. El mueble de vidrio puesto de costado, alguno de los tachos de basura obstruyendo el paso. Se imaginaba verla desde arriba intentando encastrar los muebles en la cocina como si fuesen piezas de un tetris. Pero siempre había algo que quedaba mal, una puerta, una ventana, un cajón inutilizado. Más de una vez se había levantado de madrugada, y la había encontrado parada mirando la cocina como si intentara que se le develase la forma en que podían entrar todos los muebles.

Apoyó el patito al lado de la jabonera y salió del baño. Ella lo estaba esperando. Se secó la frente con el antebrazo y pasó junto a él. Antes de meterse al baño le dijo que quería reconciliarse. Se sacó uno de los guantes y le echó una mirada sugerente. Cerró la puerta. Él volvió a mirar la cocina. En dos minutos había limpiado lo que le faltaba. Había cosas que estaban en otro lugar, y había una maceta nueva arriba de la heladera. Los muebles olían a productos de limpieza. Por la ventana entraban los últimos rayos de sol, que hacían visibles las partículas de polvo flotando en el aire. Él se apoyó sobre el marco de la puerta y siguió con la vista el rayo de luz. Terminaba sobre la otra mesada, detrás de uno de los aparadores, en un espacio al que no se iba a poder llegar para limpiar. Las partículas que venían dando vueltas decantaban en ese rincón. Se estaba formando una nueva película de polvo.

## FICHA DE AUTOR

## MAXIMILIANO RODRÍGUEZ

*Bibliotecario Escolar y Profesional recibido en 2004. Desde 2007 trabaja en la Biblioteca Americana del Museo Mitre. Cursó materias del profesorado en Lengua y Literatura, asistió a varios talleres literarios, y cursos de escritura a cargo de especialistas. Su primer libro de cuentos ganó el PREMIO INTERNACIONAL DE LITERATURA JOVEN FERIA DEL LIBRO 2009 de República Dominicana. Algunos de sus cuentos fueron incluidos en antologías obteniendo premios y menciones como el 2do Premio en el 6º CONCURSO LITERARIO de NARRATIVA LIBRE "LEOPOLDO LUGONES" y una mención de honor en el CONCURSO DE CUENTO HAROLDO CONTI (jurado: Daniel Guebel, Angela Pradelli y Guillermo Martínez).*



## Mención

### “Bruja”

Por VICTORIA BÉGUET DAY

Cuando abrimos la puerta de hierro, se nos acercó una perra que movía la cola, renqueaba y parecía preñada. Sobre el pasto reseco del patio delantero, ya había tres chicos sentados. Dos chicas y un chico; una de las chicas arrancaba pedazos de pasto y después los deshilachaba. Nos sentamos detrás de ellos, que hablaban bajito y apenas se los escuchaba. Romina los conocía, eran amigos de su hermano. Una de las chicas la miró de reojo y volvió a hablar bajito. Esperamos un rato. No me acuerdo de qué hablamos. Romina se sacaba el esmalte de uñas lila, todo descascarado. Hacía mucho calor. Al fin se abrió la puerta mosquitero. Salió una mujer con un abanico en la mano. Sonrió. Parecía muy cansada; tenía dedos gruesos, la piel muy clara, una pulsera dorada con colgantes con formas de personas. Tenía cara de buena y llevaba una camisa blanca suelta. Los tres chicos se levantaron despacio, entraron y tras ellos, se cerró la puerta mosquitero. La perra volvió, gorda y rozagante. Romina la echó de una patada pero la perra se fue igual de alegre y empezó a revolcarse en el pasto. “¿Ya sabés qué le vas a decir?” Romina se sacaba el esmalte de las uñas como si fuera algo muy importante. Se rió y miró el piso. En una esquina del patio había un sillón con todo el relleno salido como si lo hubiera atacado algún animal. El tapizado era verde claro con flores color vino, que en algún momento seguro habían sido rojas. Tenía una mancha enorme de tierra. A lo lejos se escuchó una pelea de perros, y después, un gemido. Después, el sonido seco del viento.

Al rato salieron los tres chicos silenciosos y el último nos dijo, bajito, “Chau”. Era compañero nuestro del colegio. La mujer nos invitó a pasar. Tenía la voz cansada pero quizás su voz era así. Mamá también parece siempre cansada y un poco triste, como si hubiera nacido con eso. La mujer me tocó la cabeza antes de entrar. Papá también lo hace, quizás porque arrastro los pies cuando camino. Nos sentamos y ella se sirvió un mate. Nos ofreció gaseosa y galletitas. Le dijimos “sí, gracias”. Tomamos la gaseosa pero ninguna de las dos tocó las galletitas. Con el calor que hacía hubiera aceptado otro vaso más, pero no pedí nada. Entró corriendo una chiquita que parecía tener dos años. Carmen le dijo que la abuela estaba trabajando y que después la iba a ayudar. La chiquita se fue corriendo. Carmen, así se llamaba, nos sonrió. Una sonrisa muy linda. “Mi nieta”, aclaró. Yo asentí. Romina no dejaba de sacarse el esmalte. “Corazón, ¿querés que empecemos con vos?” Romina levantó los hombros sin dejar de sacarse el esmalte y yo me fui a esperar afuera, al patio. Romina salió al rato con los brazos cruzados y Carmen me dijo que pasara. Entré, y al sentarme volqué sobre el mantel

el vaso de gaseosa. Por suerte el mantel era de plástico y ella lo secó mientras me decía que no importaba. Antes de empezar me ofreció una velas acomodadas por color sobre una repisa. Había verdes, azules, amarillas, naranjas, rojas. Me explicó para qué era cada una. Dije "no, gracias". La verdad es que tenía justo para la consulta, pero eso no se lo dije porque me dio vergüenza. La idea de ir había sido de Romina. De las dos brujas que hay, ésta era la mejor según mi prima, y valía la pena ir aunque la consulta de la otra salía diez y la de ésta, quince. Tiraba las cartas y me explicaba cada una. Todo lo que decía era cierto, pero como yo había ido para acompañar a Romina no presté mucha atención a lo que decía. Me moría por otro vaso de gaseosa.

Carmen terminó de hablar, se ajustó los anteojos y se levantó de la silla. Movié una pila de ropa que había sobre un escritorio y sacó algo de un cajón. Era una vela amarilla, y dijo que iba a ayudarme a estar más segura, a caminar más derecha. Me acordé de lo que me dice siempre papá, que no arrastre los pies cuando camino. La envolvió en papel de diario y dijo que era un regalo. Dije "gracias" mirando el piso. Cuando salí, Romina fumaba un cigarrillo apoyada sobre la verja de hierro, frente al atardecer. La perra se le acercó y Romina le tocó la cabeza. En el camino de vuelta hablamos de otras cosas, y ninguna de las dos dijimos qué nos había dicho la bruja hasta que yo le pregunté "¿Qué te dijo?". "Que va a ser varón", me dijo ella. Había bajado más el sol y ya empezaba a refrescar. Por la vereda de enfrente pasó un grupo de chicos y nos saludaron con la mano. Le dije a Romina que pasáramos por el kiosco. Me moría de sed.

## FICHA DE AUTOR

## VICTORIA BÉGUET DAY

*Actualmente estudia Letras en la Universidad de Buenos Aires. Publicó el año pasado el cuento "El Invitado" en la Antología Nuevos Narradores editada por Clásica y Moderna. Vivió en Nicaragua, Senegal y Los Ángeles, antes de mudarse a Buenos Aires, a los catorce años. La ambivalencia de pertenecer y ser, a la vez, siempre extranjera, el desafío de adaptarse a lo desconocido, la problemática de la identidad son todos temas que le atraen fuertemente a la hora de escribir.*

## Mención

### “El pelo”

Por JUAN CRUZ MONTIEL

Si supiera, mi General, lo lindo que es verlo hacer esas cosas..., Dominguez lo mira fijo al General, con ojos gelatinosos, mediocres, ojos de salamandra. El General le devuelve una mirada de piedra.

¿A qué cosas se refiere, Dominguez?

Usted sabe... -la voz de Dominguez naufraga en una mar de saliva-, bailar el cha-cha-cha, por ejemplo.

El General sorbe de su taza de té, mira a sus caniches.

¿Se supone que los militares no bailamos?

Craj craj, la risa de algún adlátere a derecha o izquierda, pero el General no se ríe.

Usted no es cualquier militar.

Las manos de Dominguez al nudo de la corbata. Para ajustarlo. ¿El botón del saco? Sigue abrochado, sí.

A ver, Dominguez, explíqueme por qué no soy un militar cualquiera.

Yo no dije eso.

*Sí lo dijo* (otro buchón, a sus espaldas).

Quiero decir que usted es único.

Siga.

Que sólo hemos tenido oportunidad de verlo en su rol... digamos, de líder.

El General sonrío. Mira hacia un lado, hacia el otro. Se pasa la mano por la cabeza. Un pelo, un solo pelo rebelde, un pelo hijo de puta, se eleva de entre el pastel rancio y negro, negrísimo pero brillante de gomina.

¿Usted me está mirando el pelo, Dominguez?

No, mi General.

*De esta no zafa* (uno que manoteó unas masitas. Habla y las migas vuelan por sobre el hombro de Dominguez).

¿Usted se tiñe, Dominguez?

No, mi General.

Piensa que teñirse no es de hombres, ¿no?

No sé qué decirle, mi General.

Pues bien, Dominguez, yo me tiño.

*¡Huija con el General!* (ya es una patota, todos alrededor de la mesa).

Tengo setenta años, Dominguez, y no sólo he encanecido espiritualmente.

Le queda bien, mi General.

*Ay, le keda vian, mi yeneral* (en falsete, un petiso con cara de lagartija).

A lo que voy, Dominguez, es que hago las mismas cosas que el común de la gente. Cosas lindas, como quien dice.

Dominguez nota que su té ya está frío. O es que siempre lo estuvo. ¿El General toma el té frío? No, el de él está caliente. Sale humo. ¿Cómo puede ser?

Y sorprendentes, retomó el General, como usted mismo, Dominguez.

¿Yo mismo qué, mi General?

Usted me sorprende, Dominguez.

(El petiso está calzado. Entonces es de la guardia.)

Los caniches ladran y saltan alrededor del General.

A propósito, ¿está bien que juegue con los perritos, Dominguez?

Dominguez no contesta. Detrás del General se para uno de bigotes y le guiña el ojo, socarrón. Pone las manos sobre el respaldo de la silla. La silla donde está sentado el General. Qué confianza.

Lo que me extraña es que usted me ha acompañado todos estos días, Dominguez...

A mucha honra.

La mano del General en alto.

Déjeme terminar: me ha visto en la plaza de toros -el de bigotes también está armado-, no ha faltado a las cenas. ¿Le gustan los pimientos de piquillo, Dominguez? Son una barbaridad. Pierdo la cabeza por esa delicia, usted me ha visto. Incluso hemos compartido unos buenos habanos, algún que otro scotch...

*Es el más pillo, vivísimo* (había un pelirrojo. Dominguez no lo había notado.)

...¡hasta me escuchó cantar! ¿Lo recuerda, Dominguez?

No sabría decirle, mi General.

Ah, entonces no lo sorprendí.

Dominguez siente que alguien le pateo la silla.

Sí, lo escuché cantar, mi General.

¿Y qué cantaba su General, Dominguez?

*En esta lo agarra* (el pelirrojo anda de campera. ¿O es un gamulán?).

Cucurrucucú, paloma.

¡Bravo, Dominguez! El General amaga a pararse, los brazos a los costados. Le faltan las fuerzas. El General está viejo. La mano del de bigotes, tranquilizadora, roza apenas su hombro.

Ya ve que no me faltan las fuerzas ni el humor para muchas cosas, Dominguez.

Yo no dije lo contrario, mi General.

El caniche blanquito salta junto a la mesa y emite unos chillidos de cerdo. El General toma una masita y la arroja al aire. El bicho la caza al vuelo.

Usted no dice muchas cosas, Dominguez.

A Dominguez no le parecía, no: el petiso cara de lagartija le está apoyando el bulto.

¿Por qué dice eso, mi General?



Porque nunca habla de usted, Dominguez, sencillo.

El nudo de la corbata.

...de las cosas que le gustan hacer.

El botón del saco. Abrochado.

...a ver, cuéntenos, Dominguez, que acá todos queremos saber.

*¡Qué cuente!* (La banda en pleno.)

No tengo mucho para contar, mi General.

*No tiene mucho que contar...* (es el General, le habla al perrito, al otro, en voz baja, mientras lo toma del hocico).

Yo lo admiré siempre.

El dedo del General girando. Continúe, Dominguez.

Como todo el pueblo, mi General.

El pueblo es muchas cosas, Dominguez.

Sí, mi general.

*Este es un chupa* (una voz nueva).

El pueblo es una abstracción.

La mirada del General hacia el camino de grava que conduce hasta ese preciso lugar del jardín, hacia la mesa de hierro pintada de blanco, primorosa en su dibujo en composición con las sillas, algo incómodas, salvo la del General, con ese almohadón pequeño, casi la forma de su culo, para cuidarle los riñones.

Algo muy caro para este corazón viejo, Dominguez, ya lo sabe.

El de bigotes acomoda el poncho o la manta de alpaca sobre el hombro del General. Con una mirada judaica parece decirle: usted sabe que lo amo, mi General.

Pero el pueblo no es usted.

El saco le pica un poco a Dominguez, porque es barato. El té frío. El pelirrojo entrando y saliendo de campo.

Usted es el pueblo, claro, pero el pueblo no es usted, ¿se entiende?

*Finísimo* (casi inaudible, el de bigotes, acomodándose el cinturón, o algo detrás).

Usted es Dominguez, ¿y quién es Dominguez?

No entiendo, mi General.

Sí que entiende, Dominguez, haga un esfuerzo: ¿quién es Dominguez?

*Eso, ¿quién es Dominguez?* (Es el mismo Dominguez, por dentro, ahora nadie habla.)

Un militante, mi General.

*Un militante.* Claro. Ayer lo estuve observando, Dominguez. De hecho lo he visto apenas pisó esta residencia. Su General baila muy bien el cha-cha-cha, sí. Y hace muy bien otras cosas. ¿De qué signo es, Dominguez?

Dominguez se acomoda. Comprueba el saco, lo estira hacia abajo. Casi no se ha movido, a no ser por la mano a la taza de porcelana y la boca tecleando palabras.

El horóscopo, su signo. Leo, Piscis...

No lo sé.

No lo sabe.

La mano del General, apenas temblorosa, buscando ese maldito pelo.

Mire Dominguez, sigue sin hablarme de usted y yo lo traje para que me hable, para conocerlo.

Otra vez el bulto del petiso a la altura del hombro.

Lo veo en las galas, en mis paseos por la ciudad, algunas reuniones con figuras locales; lo veo entre mi gente, como ahora, y yo no termino de saber quién es, ¿a usted le parece, Dominguez?

Dominguez calla, se toca el costado. Casi al unísono, el pelirrojo se aparta de la mesa: era un gamulán, nomás. La mano cruzada por dentro. Mira para otro lado, se hace el distraído.

Para ser un militante usa el saco demasiado ceñido, Dominguez, dice el General.

Hay un siseo por detrás, alguien apartándose. El petiso, seguro. A la derecha del pelirrojo aparecen dos más, más bien negrazos, como Dominguez, que pierde el eje:

El pelo, mi General.

Al General se le alisan las comisuras -¿Cómo dice, Dominguez?-, mira hacia los costados, hacia arriba, como un perro buscándose la cola.

El pelo.

Dominguez se desabrocha el saco, levanta un dedo hacia la extraordinaria cabeza del General.

Ahijuna, dice el petiso. Luego, en silencio, hay manos que se posan sobre Dominguez, sobre sus hombros, tironean del cuello de su camisa, le llenan la cara de arañazos, vuelcan el té frío, apartan a cachetazos a los caniches, que se empeñan en tirar tarascos a los tobillos de todos, del pelirrojo, que lleva el gamulán abierto y golpea a Dominguez con algo, pero Dominguez no afloja, mantiene el brazo extendido como un arma, como un fusil que apunta a la cabeza del General y dispara sobre ese único pelo rebelde, orgulloso y flameante como bandera sobre la masa, sobre el pueblo, esa abstracción.

**FICHA DE AUTOR****JUAN CRUZ MONTIEL**

*Nació en Capital Federal, en el año 1972. Es abogado, trabaja en la administración pública y concurre al taller de José María Brindisi.*

## Mención

### “El centro”

Por GUILLERMO S. GRIBAUDO

*“A l’alta fantasia qui mancò possa;  
Ma già volgeva il mio disio e ‘l velle,  
Sì come rota ch’igualmente è mossa,  
L’amor che move il sole e l’altre stelle.”*  
(Dante Alighieri, *Paradiso*, XXXIII)

El centro cayó como todos aquella tarde: al primer palo. Al negro Juárez le salían bárbaros, desborde y a la carrera. Los años le pesaban a Ochoa después de una hora corriendo tras la pelota: promediando el segundo tiempo, los defensores empezaban a llegar antes.

Esta vez juntó ese coraje que fue perdiendo con alcohol, ese que le mordía de a pedazos la pendeja del tango, ese que perdía en cada pleno al veinte negro que coronado y todo no salía, ese que sobraba tiempo atrás, y fue a buscar el centro pegadito al central de la espalda de roble. El día anterior, el profe le dijo en el bar que era la última: por razones azarasas le daba la chance, contra el Albo, y a cancha llena. El que le robara el puesto con su juventud y su cara de nueve lindo de escuelita de papifutbol, tenía la rodilla hecha una piltrafa después del Clásico; el nueve suplente, la figura de la Liga, recién llegado al club luego de sus docenas de goles, acababa de casarse y no andaba con la mente puesta en empujar centros ni lidiar con rivales. *Esta o ninguna*, le martilló el profe.

Una semana atrás, Ochoa aún creía en que las cosas con la pendeja del tango podían encaminarse: *que yo me consigo un laburo y dejo el futbol, que si tu vieja se deja de joder con pelotudeces y nos deja irnos al departamentito del fondo, que si la cortás con cantar en esos sucuchos de mierda*; nada de esto ocurrió. La última noche, un domingo que terminó como arrancó, lloviendo pesado, le hizo el amor bastante bien. Bastante por no decir muy. Cigarrillos negros, vino blanco, las sábanas suaves, celestes. Lo alcanzó la mañana gris del lunes con lloviznas de lunes, caminando con el bolsito del color de sus ojos, rumbo a ningún lado.

La vieja siempre estaba en estos casos; un *buen día* parco, un par de explicaciones, un café negro horrible que sabía a la más horrible culpa de las culpas y a tirarse en la cama de cuando pibe. Por la ventana que daba a la plazoleta, miró a dos pibes con los pelos mojados y las zapatillas embarradas patearse penales. La pelota se fue a la calle y

una vieja que barría se la alcanzó; un policía fumaba bajo el toldo de Quilmes con su espuma y su jarra; un lunes. Uno cualquiera.

El centro llegó bien, medio envenenado, con clase: fueron en bandada a buscarlo y Ochoa vaticinó que le caía justo. El central de la espalda de roble lo miraba de reojo y el arquero venía con las manos arriba y las piernas en la pose que, tantas veces, era tapa del Gráfico si tenías la suerte de apellidarte Gatti o Fillol. De la tribuna ya bajaba el murmullo que preanuncia los grandes momentos, y el corazón se le desbocaba más y más a Ochoa en busca del centro. ¿Y si no llegaba? Era ésta o nunca: lo dijo el profe. No pudo ver mientras volvía a la cancha del entretiempos si estaba en la tribuna; siempre miraba Ochoa, y encontraba a sus chicas, en la montonera. No estaba seguro de si estaba o no estaba: capaz lo había olvidado, o tal vez estuviera con otro, más preparado para hacerle la vista gorda a eso de salir con una cantante de tangos de uno ochenta y piernas interminables.

De pibe dominaba como quería a los centros: de pecho y volea, frentazo al primer palo, peinada al segundo, empeine directo. Pichón de crack. Años sin siestas ni *playstation*, años de un partido a la noche y nueve resúmenes, y Mauro Viale preguntando quién mueve. Entrenar por la tarde, luego unos fichines en la parada de siempre, y más tarde, a robar besos con promesas de baile para el sábado. Los sábados eran un problema, por los partidos. A la noche estaba reventado, pero igual se las arreglaba para salir "al baile", aunque fuera con los dos mangos que le tiraba la vieja. El domingo era un tronco tirado en la cama, hasta las tres de la tarde: no era hogar de fideos ni reuniones familiares. Si lo fue nunca se enteró Ochoa; vivió sumergido en su mundo de redes y canilleras hasta el día del centro, ese al primer palo en aquella cancha donde, por ningún lado se veía cantante de tangos alguna.

Se lo dijo el médico del club: si seguís fumando y tomando a ese ritmo, vos no llegás a ser técnico. Se lo dijo el veinticuatro a la noche en que festejaban que se habían salvado, una vez más, del descenso. Pero para este centro los pulmones se inflaron, y lo mandaron a por la pelota con toda su reserva de aire, y salto, y la fue a cabecear, y se acordó de quien no veía por ninguna parte, y de la vieja, y de los años perdidos y de las resacas, y de cuantas noches buscó ese veinte negro, y la estampó al primer palo, y vio la red inflarse y los primeros de la popular levantándose en cámara lenta con ese gesto de alzar las manos, y todas las bocas formando esas "oooo" que tantas veces hizo formar desde que le tiraron una número cinco en el patio de tierra.

Estaban todos ahora, ella también. El arquero que se vino como un Fillol sin foto; el Flaco Iruza, central de la puta madre, amigo de siempre; el cinco que vino de Lanús, que le daba a la coca que parecía temblarle el tabique; el presi y el médico, el profe, la vieja, los de la timba, el gallego del bar, algunos rivales de esa tarde, el nueve recién casado, el de la rodilla hecha mierda, y la de los tangos y las piernas, todos estaban. Era la más cercana a la cama la de los tangos, la de las piernas. Una visión panorámica desde arriba, como si colgara del techo, el propio cuerpo lleno de sondas y mascarillas, veía Ochoa. Y mientras todos pasaban por el cuarto hablando bajito y tocándole la

frente, la cantante de tangos dejaba caer una lágrima y le susurraba *perdoname*. Fue ahí cuándo sonó el silbato. Entonces todo fue oscuridad y los centros y esas piernas y los días y la luz se fueron, como suelen irse. Para siempre.

## FICHA DE AUTOR

## GUILLERMO S. GRIBAUDO

*Escritor de cuentos y crónicas, con tres cuentos premiados en la década pasada, "La Carrera", "El Cerco", "La leyenda de la ciudad desalmada". Luchador empedernido contra la hipocresía, montañés y lecto-adicto, padre de Dante y Emma, sus mellizos, esposo de su científica favorita, Eugenia.*



## Categoría Estudiante Primer premio

### “Diálogo entre Delia y la Muerte”

Por FELICITAS SPINETTO

-¿Qué diferencia hay entre querer matarse y morir? -preguntó Delia mirando fijamente a la Muerte, que permanecía sentada, un poco encorvada, en el viejo sillón, la guadaña en una mano, la otra mano en la rodilla, en ese gesto de quién está en medio de un gran debate o bien ansioso por partir.

-Ninguna, Delia. Querer matarse es morir un poco. Querer matarse es una de las tonalidades de mi negrura. Es una cuestión de intensidad. Vos ya estás un poco muerta -dijo la Muerte con ojos sin ojos, con ojos de pozos sin agua, con ojos de agujeros resecos de muerte.

-Vamos? -completó esa vieja parca, queriendo un soldado más en su ejército de desesperanza.

-¿A dónde vamos, si yo ya estoy muerta? -repreguntó Delia. La Muerte miró el suelo dubitativa, con esos ojos sin pupilas, esos ojos que no necesitaban córnea, ni iris, ni globo ocular, porque ya habían visto todo lo que hay que ver en este mundo.

-A la definición del partido, al final del juego, a mi morada de paz donde el dolor no existe. Donde la tristeza no tiene paso. A la tierra de donde viniste, adonde la melancolía está prohibida. A donde no hay sentimientos que desgarran la carne del alma. Vamos a casa. - Recitó la anciana su discurso desgastado para suicidas indecisos.

-¿Y Dios? ¿Dios no juzga a los que se matan? -Delia olía algo, no sabía bien qué. De esa vieja emanaba algo fétido.

-Dios... ese invento de los hombres para ponerse límites. Esa excusa para las guerras que tantos soldados me han dado. ¿Qué tanto te podría condenar un dios que no te puede salvar del dolor, que te arrojó al fondo del abismo? Dios es un mito, Delia, un mito primitivo y actual, rural y urbano, pero mito al fin. Cuando el primer hombre que necesitó ejercer su poder sobre otros sin aplicar la fuerza física pensó, inventó a Dios. Y fue su emisario. -La Muerte quedó conforme con su respuesta... los suicidas no se hacían tantas preguntas antes de ir con ella.

-¿Y el diablo? -preguntó Delia al borde del llanto.

-Delia, es tarde, dejáte de boludeces! -la vieja, satisfecha de su última palabra, pensó que iba a la vanguardia de la vida con sus millones de vocablos nuevos, actualizados a cada cultura. ("Lo que es la tecnología -penso- ahora, con internet todo es más fácil.")

-Yo sé que todo ciclo cumple su fin... -empezó Delia-

Muy bien! -la Muerte saboreó su pequeña victoria anticipada.

-...pero si no decidimos cuándo comienza, cómo podemos saber cuándo termina? ¿Eso no está en manos de la Naturaleza? -siguió Delia.

Ahora ella y la Muerte caminaban por una calle de tierra, rebosante de grama, que llevaba a una vía de tren. La luz se veía a lo lejos, la sirena aún no se oía.

-La naturaleza de las cosas es perecer, Delia, hasta el universo implosionará alguna vez y no quedará nada. No habrá mente que piense los números, lo único infinito que conozco. No habrá estrellas, ni galaxias, ni teorías, ni amores, ni odios, ni banderas blancas de rendición.

Delia se había inclinado a tomar algo del césped. La luna iluminaba el camino malherido de arbustos y malezas.

-Los animales no se matan -desafió Delia.

-Las ballenas se suicidan en masa, el águila que pierde a su compañera se lanza en picada hacia el abismo. El caballito de mar se enrosca a la cola de su compañero muerto y se deja arrastrar hacia abajo.

-¿Y el alma? ¿A dónde va el alma cuando morimos? -preguntó Delia que veía en los ejemplos de la Muerte casos aislados. Monogámicos caso de amor y fidelidad hasta y a través de la muerte. La vieja se sentía conforme con la respuesta dada. Estaba jugando sus mejores cartas pero los grandes ojos verdes de Delia no presagiaban nada bueno. "La muerte no tiene ojos verdes... Nadie que tiene tantas preguntas está listo para venir conmigo -pensaba- el alma, qué pregunta!" "El alma me la quedo yo, claro" -respondió la Muerte interiormente, cuidándose de verbalizar la verdad.

El tren se acercaba veloz, la luz cada vez más cerca, la noche negra, la luna blanca, la sirena sonando a lo lejos.

El maquinista desconfiaba de esos pasos a nivel, pueblerinos, perdidos en las zonas suburbanas, donde el alambre que limitaba las vías había sido cortado por la gente, que los usaba para acortar el camino.

Pasos a nivel caseros.

Peligrosos.

El maquinista tocaba la sirena cinco veces desde aquella vez que su tren embistió a la pequeña que segundos antes se había soltado de la mano de su mamá y había trepado a la vía en un santiamén. Esa pequeña que lo último que había hecho era reclinarsse a juntar una piedra o alguna cosa llamativa y mortífera del suelo. La última pregunta había quedado sin respuesta.

-Dame la mano y te cuento a dónde va el alma... te lo cuento mientras nos vamos  
-contestó la Muerte estirando su mano izquierda, con girones de piel colgando, la palma hacia arriba, el brazo extendido hacia la joven.

Delia titubeó. "Por qué no me dice a dónde va el alma cuando morimos? ¿Por qué la Muerte encierra tantos misterios?" se preguntó interiormente. Y en ese fugaz segundo de mano mortal extendida, la noche le pareció tan bella, la luna tan eterna, el cielo tan azul, el césped y las malezas y los arbustos tan verdes... que extendió su mano a la Muerte y depositó en ella el trébol de cuatro hojas que había visto a la luz de la luna. El tren pasó. Cuando se alejó, la Muerte se había ido. La Muerte es tramposa, pensó Delia mientras volvía a su casa.

#### FICHA DE AUTOR

#### FELICITAS SPINETTO

*Ha tenido experiencias de vida muy fuertes, que le dieron en la escritura un lugar de paz y de resguardo. Actualmente vive en la ciudad de Tristán Suárez con su hermana Bernardita, su prima Melanie, la pareja de ésta, Damián y su tía Nilda, en un pequeño barrio suburbano. Cursa el 3er. año de Polimodal en Humanidades y Ciencias Sociales siendo sus mayores sueños ser psicóloga, criminóloga y escritora. Tiene 17 años y se considera una persona despierta a las novedades de la vida, incluidas las progresivas tecnologías de la comunicación.*

## Categoría Estudiante Mención

### “Mi destino”

Por AGUSTINA ARCE

Esta es la historia de mi vida, donde les contare por qué estoy destinado a ser esclavo por siempre. Todo comenzó la mañana del 10 de mayo de 1750, cuando me llamó mi amo Diego Alba para que me presentase en el vestíbulo. Al llegar me dijo:

-¿Quieres ser libre?

-Sí señor, solo dígame lo que tengo que hacer y lo haré con todo gusto- le contesté.

-Lo único que tienes que hacer es leer todo este libro -y me entregó uno que no tenía nombre-, cuando lo empieces a leer tendrás que leerlo todos los días hasta que lo termines.

-Discúlpeme pero yo no sé leer- y le devolví el libro.

-Vas a poder, por eso te lo entrego a ti -y me lo dio- yo te tengo fe.

-Le prometo que lo voy a terminar -y me marché con el libro bajo el brazo.

Tantos eran mis deseos de ser libre que cualquier oportunidad que se presentaba aprovechaba para aprender. Así que la tierra se transformó en mi pizarra y algunos amigos, mi patrón y su hijo, en mis maestros. La misma tarde en la que decidí abrir el libro, mi amo murió. Ese mismo día pasé a ser esclavo de su hijo, pero él bien sabía la promesa que yo mantenía con su padre y si yo la cumplía, como él me la ordenó, me dejaría libre.

Ya pasaron veinte años y todavía no puedo terminarlo. Les voy a pasar a relatar él por qué: el cuento empieza normal con un “Había una vez una joven...” pero el problema llega cuando estoy por el final, cuando termino de leer la anteúltima hoja y la doy vuelta, empieza con “Había una vez una joven...” y la hoja que estoy leyendo es la primera del libro.

Esta es la historia de mi vida, donde les contare por qué estoy destinado a ser esclavo por siempre. Todo comenzó...

*Nació el 3 de Julio de 1995. Asistió durante toda su primaria al Colegio Numen en el barrio de Flores. Actualmente esta cursando el secundario en el Colegio Schönthal, en la orientación de “diseño y comunicación”. Desde hace 5 años estudia teatro en la galera encantada. En sus ratos libres le encanta leer cualquier tipo de género.*

## Objetivos del Premio

La presente Antología reúne los relatos premiados en las dos categorías convocadas en esta primera edición del PREMIO ITAÚ CULTURAL - CUENTO BREVE DIGITAL 2011: escritores de entre 18 y 40 años de edad (Categoría Joven), y estudiantes argentinos de entre 16 y 18 años (Categoría Estudiante).

Los objetivos de esta convocatoria en la que participaron, en conjunto, más de seiscientos relatos, fueron los siguientes:

- Crear un espacio de estímulo para los escritores jóvenes emergentes en lengua española.
- Difundir y otorgar visibilidad a las nuevas producciones literarias.
- Utilizar las nuevas tecnologías de la comunicación para promocionar la lectura y democratizar el acceso a la literatura.

## Equipo Participante

El Jurado de Selección en la Categoría Joven estuvo conformado por los siguientes críticos y escritores: **Selva Almada, Marcelo Damiani, Natalia Gelós, Nicolás Hochman, Mauro Peverelli, Iciar Recalde, Carlos Schilling, y Fabián Soberón.**

Se encargó de seleccionar los relatos finalistas de la Categoría Estudiante, un comité de lectura conformado por las siguientes docentes y especialistas en el área: **Silvana Dazuk, Cecilia Magadam, Giulia Santantonio, Daniela Rovatti.**

**Luz Fiumara** diseñó la tapa y la gráfica de la antología.

**Moosgo**, la división digital de Reporte Informativo, se encargó de la edición y distribución de la antología como App para iPad, aportando sus conocimientos y experiencia en el campo de la literatura digital por intermedio de su Director, el Sr. Cristián Parodi.

La **Doctora Jimena Néspolo** ofició como coordinadora y líder del proyecto.

**Itaú cultural les agradece a todos su compromiso y participación en el proyecto.**